PIGMALEON,

TRAGEDIA

EN CINCO ACTOS.

PIGMALEON,

TRAGEDIA

EN CINCO ACTOS

POR

DON JOSEPH MARÍA DE MERAS ALFONSO.



MADRID: MDCCLXXXVIII.

EN LA OFICINA DE BENITO CANO.

PRÓLOGO.

Las graves dificultades, que se encuentran en la composicion de la Tragedia, son tan constantes y notorias, que seria ocioso manifestarlas, quando el ménos instruido no las ignora: por cuya razon la mia confieso no carecerá de defectos; pero la corta edad de 17 años en que me hallaba, quando la escribí, la falta total de vista desde la de dos, de que me privó la malignidad de las viruelas, y la escasez de obras magistrales en el pais, que á la sazon habitaba, me deben hacer acreedor á alguna indulgencia: baxo este supuesto doy á la luz pública

la presente pieza, que si mereciese la aceptacion de los hombres de gusto, en breve seguirá otra de asunto nacional, pues aquellos ratos, que mi situacion me permite, los dedico á un estudio, á la verdad, el mas propio para formar el espíritu y el corazon, y muy característico de la gravedad española: por tanto, florida juventud, amados coetaneos, en nombre de la patria os estimulo, os solicito para trepar conmigo esta gran senda de la inmortalidad, á que yo no hecho mas que abordar, y en que vuestras superiores musas sin duda se abanzarán rápidamente: ¡ ah! vuestros ingenios, vuestros espíri-

tus, vuestro idioma, reunen un cúmulo de qualidades oportunas, que dexan á la inaccion ménos soportable: imitemos en no dexar cosa, que emprender, á nuestros sabios Limitrofes: no se dé un paso sin el gran coturno, y verémos reproducirse de esta parte de los Pirineos los Corneilles, Racines y Voltaires, Héroes del teatro moderno: prediccion bien lisongera! pero que sin desconfianza puede proferirse; sí, bravos compatriotas, ya os miro desde mi pequeñéz, volando á ser coronados de Melpómene, formar la admiracion de un siglo feliz é ilustrado, y las delicias de una nacion, á quien lo debeis todo.

PIGMALEON,

TRAGEDIA.

ACTORES.

PIGMALEON, Rey de Fenicia.
ASTEBEA, Esposa de Pigmaleon.
LEYOAZAR.
EXTRANGERO, incognito.
NARBAL, Capitan de la Guardia de Pigmaleon.
NERIOLAN, Gefe de Milicia, y Consejero del Rey.
DRESIA, Dama de Astebea.
UN GUARDIA.

La Scena es en Tyro en el Palacio de Pigmaleon, verificándose toda en lo interior de él á excepcion del tercer Acto.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Astebea, Dresia.

DRESIA.

No es posible, Astebea, no me engaño;
¿á qué ocultar un grave sentimiento,
que sin duda te oprime, y á los ojos
asomar ya diviso? es el aspecto
sobrescrito del alma en que se cifran,
á pesar suyo, todos sus afectos:
sí, Reyna mia: ¿en dónde está el agrado?
¿en dónde la alegría hija del Cielo,
que da el candor, y aumenta la hermosura,
y de que era Astebea el propio centro?
aquella dulce y agraciada risa,
indicio fiel de la bondad del sexô,
y el don mas exquisito de los Dioses,
¿cómo en tus lábios hoy se echa de ménos?
despues, Señora, de una breve ausencia
que hago de este palacio, á mi regreso,
¿tal mutacion en tu belleza noto?
ah! ¡qué amargura envuelve este secreto!
¿aun dudas revelármele? qué, ¿acaso

no es Dresia ya capaz de retenerlo?

ASTEBEA.

Ah! ::: calla, calla, mira que me ofendes
quando, Dresia cruel, solo un momento
dudas de mi confianza; pero escucha,
y partiré contigo los funestos
males que me devoran: desde el punto
en que á esa quinta, de la corte léjos, fuiste
de tu salud para el recobro,
mi desventura ::: el Rey, ¡ ó abatimiento
del corazon! el Rey me ha abandonado
y de Amesida; de Amesida ::: pero :::
ya lo comprehendes, si, ya no es preciso
hacer de mis agravios mas bosquejo:
te has sorprehendido ¿qué imaginas? habla:

DRESIA.

Ignoro que decir, mas el respeto
que debo á Pigmaleon, no me permite:::

ASTEBEA.

Que::: ¿no te hacen ya fuerza mis acentos?

DRESIA.

Ah! qué mal piensas! ya, Señora, sabes
que la pasion violenta de los zelos
es un fiero pincel que en las acciones,
y en el semblante del celado objeto
solo retrata el odio y la perfidia.

ASTEBEA.

Pues oye, Dresia, un trágico suceso,
que debe enternecerte, y yo le miro
como presagio de un estrago inmenso.

Hoy en lo mas profundo de la noche,
quando á favor del general silencio
el soberbio palacio disfrutaba
un dulce sueño, prenda del sosiego,
lidiando (sola yo) conmigo misma,
entregada al dogal de los rezelos,
de mis males la serie repasaba:
haberme separado de su lecho
y de su mesa el Príncipe, era entónces
el pábulo mayor á mi tormento.
No el Eclypse que de ellos resultaba
á mi esplendor, no los remordimientos,
que son verdugos de una infiel esposa,
me atribulaban. Ah! solo el funesto
agravio de mi honor, y el abandono
de la consorte mas amante al pecho
daban materia para destrozarse.
Fatigado por fin el pensamiento
de un cúmulo de ideas tan sensibles
se vió rendido, no al suave peso
de un dormir grato; sí al enorme yugo
de un sopor que oprimió todos mis miem-
mi espíritu dexando en un estado (bros,
dificil de expresar, soñaba en esto,
que al lado de mi esposo entronizada,
coronada de mirto, los obsequios
de toda la gran Corte á llover iban
sobre mis pies, ¡O instante lisonjero,
mas fugaz por lo mismo que otro alguno!
Ya el estado dichoso y opulento

empezaba á ofuscarme: del concurso
los ojos ya volaban con esmero
á adorar la brillante perspectiva,
que yo formaba : todo era embeleso,
quando he aquí una muger llena de auda-
que de entre aquella multitud saliendo (cia,
(Amesida sin duda parecia)
se presenta al umbral del Solio Regio.
Me coge de la mano, (¡ Ah instante horri-
me arroja al profanado pavimento, (ble!
y con un ayre de furor asciende
al tapete del trono; entónces viéron
mis ojos, ah! que el mismo, que debiera
ser vengador de crimen tan horrendo,
en mi lugar la colocaba. O Dioses!
un violento transporte dexa yertos
mi corazon y mi semblante : inmovil.
queda la muchedumbre ; yo pretendo
en vano hablar al Rey : enmudecida
solo los tristes ojos á abrir llego, (cia!)
que buscan al Monarca, y que, ó inclemen-
no pudiendo sufrir su feroz gesto,
tímidos huyen : miro á la nobleza:
llora el hombre de bien mi vilipendio;
mas ninguno es osado á declararse
en mi favor ; por el contrario un viejo,
de sumo Sacerdote con el trage,
hombre de orgullo y fanatismo lleno,
á mí se abanza , arranca de mis sienes
la florida guirnalda de Himeneo,

y con mano sacrílega igualmente
el anillo nupcial roba á mi dedo:
aun no se sacia el impio: me despoja
de aquel purpúreo fulgido ornamento,
que me distingue: todo lo profana,
y del infame triunfo alarde haciendo,
todo va á presentarlo á la inclemente,
que labra mi opresion. Ah! yo me veo
el blanco del ludibrio, y del ultrage.
Mi vista á todas partes va corriendo
en busca de una senda, que oportuna
sea para la fuga. Aquí un objeto
mas que todos de amor, y de ternura
se ofrece. Valcazar, fruto primero
de mis entrañas, ah! viendo la angustia
de su madre infeliz en años tiernos,
distingue la impiedad, y penetrado
de mi dolor, en lágrimas deshechos
sus bellos ojos, corre hasta abrazarme.
¡Qué espectáculo, Dresia, para un genio
lleno de humanidad! entre mis brazos
á mi querido Valcazar estrecho,
Reyna me llama, voz que me devorá,
y el llanto mio con el suyo mezclo.
A huirme con el iba, quando el paso
sale á impedirme un denodado espectro,
que desconozco Ah! ¡nuevo martirio!
A separar se esfuerza de mi seno
la amada prenda: en tan terrible trance
viendo de madre hollar los privilegios,

dexo el gemido, y con furioso impulso
subo iracunda mi clamor al Cielo.
Despierto á la mocion toda asustada,
y aun llorosa, tal vez, consumo el resto
de la noche en mil lúgubres ideas.
di, ¿qué imaginas, Dresia, de éste sueño?
¡de éste sueño fatal!

DRESIA.

Que tu grande alma
no se debe abatir á un pasagero
delirio, á una ilusion, á una quimera.

ASTEBEA (tiempo

Ah! La experiencia, amiga, en poco
te hará patente una verdad, que ahora
graduas de un error. ¡Quánto celebro
á mi lado tenerte! desde nuestra
separacion una hora de contento
no hubo para Astebea; la tristeza
exerció sobre mí todo su imperio.
Tan solo Dresia algunos breves ratos
de distraccion me ha dado, y de recreo.
Un extrangero jóven muy amable,
que en calidad de un noble viagero.
á la Corte hace dias se presenta,
su atencion, sus modales, su despejo,
y mas que todo una feliz facundia,
le han conciliado universal aprecio.
Yo, desde el mismo dia que su trato
empezé á disfrutar, sentí acá dentro
del corazon, á amar su buen carácter

singular propension y movimiento,
cuyo orígen no alcanzo: solo, Dresia,
sé no dimana tan extraño afecto
de criminal impulso.

DRESIA.

No lo dudo:
tiene el hombre de bien y de talento,
sin que obste religion, estado ó patria,
un innegable, un inmortal derecho
al general aprecio de los hombres
y de los Dioses.

ASTEBEA.

Dresia, así lo pienso;
pues lo contrario, fuera hacer injuria
á la recta razon ¿pero qué advierto?
aquí oportunamente, Dresia mia,
la suerte nos conduce al forastero.

ESCENA II.

Astebea, Dresia y Leyoazar.

LEYOAZAR.

A vuestras plantas, Reyna prodigiosa,
está con el mas fino rendimiento
quien mas que la belleza en vos estima
las excelsas virtudes:::

ASTEBEA.

Agradezco,
extrangero, el concepto ventajoso,
que has formado de mí: pero detesto
qualquier elogio infecto de lisonja,

que tus labios respiren,

LEYOAZAR.

Ah! de aquellos
no soy, Señora, â quienes ha infectado
ese infame contagio, que su asiento
haciendo en los palacios, los transforma
de oficinas del bien del universo,
en teatros de horror, y despotismo, (servo,
Si el mérito, que en vos, ó Reyna ob-
lo hallase en la mas pobre pastorcilla
de Fenicia, sin otro valimiento,
con igual interes lo aplaudiria
Por el contrario, si en el pecho vuestro
exâminase un fondo de inclemencia,
de hipocresía ó de altivez, prometo,
que el gran carácter siempre respetando,
como es muy justo, abominára cierto
en vos misma tan improbas pasiones.
Este es el modo de pensar, que debo
á la Filosofía, que en mi infancia
imprimir supo próvido maestro.

ASTEBEA.

Es el carácter propio de los sabios;
mas extrangero ilustre, yo deseo
me digas, qué naciones, qué paises
lograste recorrer en el progreso
de tus viages, y las raridades (rio.
que has visto, hasta tocar nuestro emisfe-

LEYOAZAR.

La narracion que me pedis, exîge

prolijas horas: os diré en compendio,
que con varia fortuna he recorrido
desde el remoto Indiano al libre Ibero:
he visto, pues, las Tribus numerosas,
que pueblan del Jordan el pais bello.
Corrí la Siria, atravesé la Persia,
que fiel adora el resplandor de Febo,
y los paises en que Zoroastro
Leyes y Magos perpetuó á sus genios:
mas al Oriente en climas, que fecunda
del Indo, y Ganges el caudal inmenso,
la gran region, ví pues de los Branchma-
region muy ilustrada en otro tiempo, (nes,
y en donde Benarés, antiguo trono
fué de Minerva, y de las ciencias centro.
Los límites tambien de la gran China
llegué á pisar, estado el mas extenso
del Asia, y cuyas gentes casi ignotas,
de las estrellas el conocimiento
poseen, que han debido á Fohi un sabio,
glorioso fundador de aquel Imperio.
Despues de suspender en él mis ojos,
y atravesar en largo retroceso
multitud de naciones, en que solo
héroes son los tiranos, y guerreros,
entré en la Grecia; y me sorprende, quan-
en sus muchos Filósofos contemplo (do
unos genios obscuros, y otros tantos
tiranos del humano entendimiento:
con teson mutuamente se persiguen,

por apotegmas pasan sus dicterios,
y al pueblo anuncian con furor sistemas,
hijos por lo comun del devanéo.
Desde allí arribo en un baxel á aquella
península feraz que conocemos
por la Hesperia feliz, en que opináron
los Poetas estar el Eliseo.
En realidad sus gentes, cotejadas
con las restantes de la tierra observo,
que nacen solo para ser felices,
la humanidad allí fijó su cetro.
Dóciles á su influxo, sin mas leyes,
en abundancia viven y sosiego,
sin conocer la injuria y el engaño,
felicidad, de un mutuo amor efecto.
Pobres en ritos, ricos en virtudes,
sus votos guian con candor al Cielo,
sin Sacerdotes, ni Profetas falsos,
que de los dogmas hagan el comercio.
Dexo con pena aquellos naturales,
quando á la viva agitacion del Euro,
desde el confin de Atlante me traspone
á esta brillante Corte.

ASTEBEA.

Me sorprendo
al contemplar tus peregrinaciones.

DRESIA.

A la verdad, que ha sido digno empleo
de una florida edad; pero ¿no has visto
el celebrado Egypto, aquel gran Reyno,

maestro universal de las naciones?
Sus obeliscos, el suntuoso templo
de la Ciudad del Sol, el laberinto,
las pirámides. ah! y el estupendo
lago de Meris, el soberbio Nilo,
la Ciudad de cien puertas; de todo esto
¿no has visto la grandeza?

LEYOAZAR.

Celebrarla
oí mas de una vez; pero rezelo,
que las continuas destructoras guerras
borrar hayan podido el lucimiento
de esa nacion, que miro con ternura.

ESCENA III.

Astebea, Dresia, Leyoazar, un Guardia.

GUARDIA Á ASTEBEA.

Señora, Danemon con grande anhelo
cerca de esta mansion está de hablaros,
¿qué le ordenais?

ASTEBEA.

Que aguarde, pues voy presto.
Ahora tú, extrangero, te retira,
despues podrás volver, pues que deseo
contigo conversar.

LEYOAZAR.

Lo haré gustoso:
Quanto de vos favorecido quedo.

ESCENA. IV.

NARVAL.

Qué dolor! cada vez este Monarca,
este Pigmaleon, que en otro tiempo
era de sus vasallos las delicias,
va apartándose mas de los primeros
sistemas que adoptaba quando jóven,
y que la humanidad grabó en su pecho.
Miéntras esta regia sus acciones,
felice fué, dichoso fué su Reyno;
mas pudo abandonarla y desde entónces
le olvidáron los numenes supremos.
¡Ah! no ya Tyro, la famosa Tyro,
de las virtudes y placeres centro
es: no: ni ya la Corte, que excitaba
celos en todas las del universo.
El pais de Fenicia sumergido
en mil males está, desde que el eco
del clamor de la Patria no penetra
á el encantado domicilio regio
de este Palacio, huyéron las virtudes :::

ESCENA V.

Narbal y Neriolan.

NERIOLAN.

¿Por qué Narbal tan triste está tu aspecto?
alguna interna desazon te agita,
¿hay quien te agravie?

NARBAL.

Ah¡ no hablemos de eso,
Neriolan temerario, que pretendes
nuevamente atrevido::: mas suspendo
el labio en una narracion que acaso
te habia de disgustar: yo lo prometo.

NERIOLAN.

Tu deliras, Narbal: yo por ventura
soy tu enemigo? que! si los deseos
de tu ambiciosa alma no consigues
satisfacer, ó algun otro misterio
te fatiga quizá ¿tengo la culpa?
Neriolan da á tus males movimiento?
declárate conmigo: así no faltas
á la hombría de bien: acaba.

NARBAL.

Debo
no hacer lo que me dices, pues hay casos
en que la explicacion de un sentimiento
bien léjos de grangear al hombre alivio,

franquean nuevo pábulo al incendio
del dolor que le oprime.

NERIOLAN.

Es desçonfianza:
y quien padece porque su remedio
deber no quiere á otro, se hace indigno :::

NARBAL.

Neriolan, basta: a Dios: no te contesto.

NERIOLAN.

Indiferente me es: nada me importa
ni tu contestacion, ni tu silencio.

ESCENA VI.

Astebea, Dresia.

ASTEBEA.

Sí, amada compañera, ya lo has visto,
á cada paso un precipicio advierto.
Aunque todo partido es peligroso
á vista del escollo á que me acerco,
para salvar mi pundonor, mi vida,
y á Balcazar, cuyo destino temo
al sagaz Danemon he confiado
la empresa de sondear los desafectos,
que hay entre la milicia y la nobleza,
al injusto Monarca. Es el proyecto
interesarles en defensa nuestra,
para que, opuestos al feroz intento
del esposo cruel é iniquo padre,

sin ofenderle en límites estrechos
contenga su impiedad: ya muchedumbre
de poderosos Tirios descontentos
con Danemon se ha declarado, y juzgo
con rapidez su número creciendo
va por instantes. Ah! desde la muerte
del inocente Príncipe Siqueo
perdió Pigmaleon con las virtudes
aliados, amigos, consejeros
y todo el explendor que habia adquirido
en mas feliz edad con su gobierno.
Ah! no hay mayor contrario de sí mismo,
que lo es el corazon sanguinolento.
El á fuerza de horrores y crueldades,
que exerce en los demas, sin precaverlo,
los ensaya en el uso del cuchillo,
para que vaya á dar sobre su pecho.
Temo que el Rey, no el Cielo lo permi-
sea de esta verdad trágico exemplo, (ta,

DRESIA.

¡Maravillada estoy! yo desconozco,
Astebea querida, por momentos
este bello Palacio, que algun dia
solo era de delicias un complexo.
La inquietud, compañera inseparable
de la inclemencia y despotismo, ha impreso
un ayre de temor y desconfianza
en todo este recinto, ah! yo no acierto
á imaginar tanto tropel de acasos,
como al ánimo avisan los rezelos.

puede, Astebea, (aun no desconfio)
que aquel Pigmaleon, que al embeleso
de esa beldad vivió tan entregado,
recuerde el dulce, el amoroso feudo,
que nunca le ha escaseado tu ternura.

ASTEBEA.

Nuevos cariños, nuevos pensamientos,
nuevas ideas, nuevas esperanzas.
Pero el ingrato, á que me unió Himeneo,
se aproxîma á nosotras: ah! ya apénas
mis ojos le conocen: intereso
ahora tu atencion: has de observarle.

ESCENA VII.

Astebea, Dresia y Pigmaleon.

ASTEBEA.

No se, Señor, en que crimen tan feo
deslizar ha podido mi cariño,
para que signifiques con esmero
que tanto mas gustosamente vives,
quanto estás retraido de mi acento.
Ah! ten á bien, idolatrado esposo,
el producirme un sólido pretexto,
que tan nuevos desvios legitime.

PIGMALEON.

Un Monarca, Astebea, á quien el peso
de la diadema envuelve en mil fatigas,
si ha de llenar el alto ministerio

para que exîste, como es justo, apénas tiene lugar á el uso de un pequeño número de momentos, que dedique al descanso, al placer y otros objetos de interes personal.

ASTEBEA.

La alternativa
de los cuidados que produce el cetro
con el reposo y sociedad que exîge
nuestra constitucion, es un gran medio
de renovar el ánimo que enerba
tambien un continuado movimiento.

ESCENA VIII.

Astebea, *Dresia*, *Pigmaleon* y *Neriolan*.

NERIOLAN.

Ya, Señor, encargado Narbal queda
de arrestar ese intrépido extrangero,
y conducirle asegurado á vuestra
real presencia.

ASTEBEA.

¿Qué infelice reo?
¿tan especial cuidado se merece?

PIGMALEON.

Un jóven, que con loco atrevimiento
introducirse suele en el Palacio
observándolo todo con exceso.

NERIOLAN.

En lucido concurso la nobleza
aguardando os está, Señor, adentro,
de rendiros los cultos deseosa,
que la obligacion dicta, y el respeto.

PIGMALEON.

Vamos, pues.

ASTEBEA.

Yo, Señor, con tu permiso
me retiro.

PIGMALEON.

Está bien.

ASTEBEA.

Guárdete el Cielo.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Narbal y Neriolan.

NERIOLAN.

Ese modo, Narbal, tan injurioso,
con que ultraja á mi honor tu altanería,
ya no puedo sufrir, quando graduas
al Soberano mi lealtad fina
de una indecente y vil condescendencia.
Ah! quando yo escucharlo creeria

de tu boca, Narbal; mas ya comprehendo
ser un efecto de tu ardiente envidia,
y tu fiera altivez: bien lo evidencia
el pesar, y disgusto, con que miras
mi elevacion feliz al nuevo empleo,
y la aproxîmacion de ti imprevista
á la real persona; pues tú solo
el papel mas brillante hacer querrias
de Tyro en el político teatro,
y depósito ser, con exclusiva
de otro qualquiera, de la real privanza.
Esa grande ambicion que te domina,
te induce á perseguir por todos medios
á todo aquel, á quien tu Rey estima;
solo porque disfruto el favor suyo,
contra mi reproduce tu osadía
las mas degradatórias expresiones,
capaces de grangearme una ignominia,
un odio universal en toda Tyro:
esa conducta, quanto audaz, impia,
muy agena es, Narbal, de un pecho noble;
pero tu corazon, que solo abriga
la envidia y el despecho, no recela:::

NARBAL.

Aleve, sella el labio, no prosigas:
no se como he podido tolerarte
los indignos baldones, y malignas
calumnias, con que acabas de agraviarme,
producciones infames, invectivas.
Ah! ya te olvidas de que aquel he sido,

que te sacó con prodiga fatiga,
á pesar de tus fieros adversarios,
del olvido profundo en que yacias,
á brillar en el puesto mas sublime
en el Palacio y Corte de Fenicia:
¡ah traidor Neriolan! como me pagas
lo mucho que me debes : ah! que olvidas,
ó bien no reconoces la acendrada,
la sólida amistad, que en mi advertias,
y ha sido de tu dicha el instrumento:
mas por qué hago lugar, si mas me irritan
á tan tristes memorias, que conducen
solo á impeler mi mano vengativa
contra un ingrato, sí, ¡que me devora!

NERIOLAN

Satisfaccion, Narbal, me tomaria
de ese lenguage atroz con que me ofendes;
pero el lugar sagrado en que lo estilas,
suspende mi furor por mi respeto;
pues á no ser así, y á dar debida
respuesta á tus insultos, profanada
dexara esta mansion con sangre iniqua:
no por esto, orgulloso y confiado
en la modestia y tolerancia mia,
ó de Pigmaleon en la clemencia,
mas me amenaces, ni el baldon repitas,
porque enterado el Rey de tu conducta,
quizá el funesto instante poco dista
en que de mal amigo y ruin vasallo
hechos expies, que á otros acriminas.

ESCENA II.

NARBAL.

¡Qué pérfido es este hombre! sus astu-
de una ambicion violenta sostenidas, (cias,
en un tropel de errores y peligros
al infeliz Monarca precipitan:
la nuevamente declarada guerra
contra el Egypto, guerra intempestiva,
guerra de riesgos llena, es el asunto
á que mas su atencion presta en el dia:
es su designio, ¡máxîma exêcrable!
alejar de la Corte de Fenicia,
con el pretexto honroso de las armas
los próceres ilustres, que podrian
inmediatos al trono intimidarle,
y abatir su fortuna y osadía:
así el infiel dispone que á la frente
de exércitos y armadas, mal provistas
de víveres, pertrechos y soldados,
vaya el Patriota, que valor respira,
á perecer en lides infructuosas,
con nacional descredito é ignominia:
¿y no gritará el mundo, que al odioso
interes de un vil hombre sacrifica
sus Atletas Fenicia impugnemente?
ah! tiembla el labio, el alma se horroriza,
¡ó política atroz! tú por desgracia,
imitada serás, mas no aplaudida;

ó Neriolan! ó monstruo! qué delito!
el término será de tu malicia;
porque hallaste un obstáculo invencible
á tus ideas en la Reyna, digna
de serlo, sí, de todo el universo,
contra su dignidad tambien conspiras!
¡Ah terrible maldad! yo por mi parte
ya de Astebea he puesto hoy en noticia
los designios del Rey, así cumpliendo
la ley del pundonor que lo exîgia
ahora, sin un punto diferirlo
debo buscar el Príncipe á su vista,
demostrar la injusticia de la guerra,
y mas sistemas, que el error le inspira,
que aunque agraviado me hallo de mí due-
su bien, y el de la patria predominan (ño,
á la voz de qualquier resentimiento,
de un pecho noble, cosa jamas indigna.

ESCENA III.

Astebea, Dresia.

ASTEBEA.

Ya, Dresia, en fin Narbal ha confirmado
nuestros temores, ah! ya es mi desdicha
indubitable, sus preparativos,
las variaciones que se multiplican
en la Corte, y mas puestos del estado,
el nuevo nombramiento que destina

al audaz Neriolan, para el comando
de las Reales Guardias que obtenia
el ilustre Narbal, es un preludio
de la gran mutacion que se medita;
el rompimiento contra los Egypcios,
mi expulsion de la regia compañía,
la proscripcion de un Príncipe inocente,
y el entronizamiento de Amesida,
son las grandes empresas con que, Dresia,
el tirano sus glorias eterniza,
ah, Neriolan, sin duda ese inhumano:
ultrajador, aun de su Reyna misma,
es quien tan torpes máxîmas sugiere
al bienhechor que tanto le sublima,
un Consejero, adulador é impio
siempre el órgano fué de la injusticia,
tal vez un movimiento de sus labios
la destruccion de una nacion motiva,
ah! si mi esposo solamente amase
á los sabios políticos, que inspiran
pensamientos de un Príncipe héroe dig-
mas ay! á quien sino á su tiranía (nos,
inculcar debo la infraccion aleve
de un voto conjugal, ah! las caricias,
los tiernos lazos de una fiel consorte,
y de ambos el honor, todo lo olvidas,
Monarca, sin rubor ¿así te abates,
por subir á tu lado, á quien estima
á tu trono, y no á tí, quando Astebea
del solio por tu amor descenderia? (*enter-
necida.*

DRESIA.

¡Horrible ingratitud, amargo trance!
pero ánimo, Señora, tú suspiras,
esas preciosas lágrimas suspende,
si no pretendes yá que conmovida
las deidades, desciendan sobre Tyro,
á desplomar en tu favor sus iras:
no, mi Astebea, no tan indefenso
está nuestro partido, ¿no imaginas
que ya la multitud de tus parciales,
cuyo ardimiento Danemon excita
á rebatir despóticos excesos,
se prepara en honor de la justicia?
el Sacerdocio, la nobleza y plebe,
por tí, y tu hijo, ¿no darán las vidas?
ah! despierta en tu pecho aquel esfuerzo
digno blason de una preclara egypcia.

ASTEBEA.

Qué! Dresia amada! piensas se anonaden
mi corazon, y la constancia mia,
no lo rezeles; pero advierte al paso
la actividad con que se fortifica
la enemiga faccion, ah! comunmente
en los lances que acaba la cuchilla,
el justo pierde, como ménos brabo,
y la impiedad de la inocencia triunfa;
el susto y vigilancia con que atiende
á su resguardo el Rey, bien paténtiza
su maldad, ah! que propio es del impio
el huir, aunque nadie le persiga;

bien de Pigmaleon, amiga Dresia,
hoy habrás traslucido que temia
de un jóven, que arrestar habia mandado,
algun designio de fatal perfidia:
su entrada muy freqüente en el Palacio
hasta lo mas recondito, el Rey mira
como un delito, y evidente prueba
de que algun mal proyecta su osadía;
esta leve sospecha es muy bastante,
á que con tal recelo y temor viva
Pigmaleon, que de sus mas llegados
se recata, aun apénas de sí fia;
pero de aquí nos vamos, pues él, Dresia,
con Narbal á esta parte se aproxîma.

ESCENA IV.

Pigmaleon, Narbal.

NARBAL.

Es la guerra, Señor, el mal mas grande
que en la naturaleza se suscita:
la tierra sin cultivo, devastada
por el furor de tropas enemigas,
sembrada de cadáveres, que dexa
sin sepultar la confusion seguida
á una derrota: de hambres y de pestes,
contra los hombres la crueldad combina;
la triste viuda gime sin consuelo
de un esposo la pérdida aflictiva,

y el viejo padre muerto al hijo llora,
que de su edad apoyo ser debia,
en general la humanidad padece
otros mil males que la debilitan,
en matar, y morir solo ocupada,
las letras, el comercio, y la precisa
industria, que el bien hace de los pueblos,
á no exîstir con rapidez caminan
de estos estragos, y otros mas funestos,
ni permite la guerra, que se exîma
el vencedor que compra los laureles,
tal vez á costa de su propia ruina;
no la gloria de un Príncipe guerrero
os deslumbre, Señor, pues solo estriba
en hacer infelices, y ¡qué es gloria
lo que al humano género aniquila!
ah! de un conquistador el fiero nombre
mas aversion que aplauso se concilia,
las virtudes, Señor, no las hazañas (zan.
son las que á qualquier hombre inmortali-

PIGMALEON.

Quanto expones, Narbal, ya meditado
con antelacion tengo, precedida
la reflexîon que tal negocio exîge,
los hostiles recursos se exercitan,
el Egypto verá con su desdoro,
que á pesar del valor que preconiza,
completarán los filos del acero,
de mi diadema la total vindicta:
tú, Narbal, serás uno de los gefes,

á quienes el progreso se confia
de nuestras armas.

NARBAL.

Otros mil caudillos
de un mérito mayor.

PIGMALEON.

¿Que te intimidas?

NARBAL.

Mi edad y achaques exîmirme deben.

PIGMALEON.

Es deslealtad.

NARBAL.

Señor.

PIGMALEON.

Es cobardía.

ESCENA V.

LEYOAZAR.

Son el Rey y Narbal, ya no me han vis-
el favor que Astebea me prodiga, (to
su propension que me han asegurado
á la region del Nilo, de que es hija,
y lo que Danemon concisamente
me acaba de insinuar, todo me inclina
á que con ella en parte me declare
sobre el objeto real de mi venida:
solo me explicaré, quanto parezca
que á mi grande propósito útiliza,
ocultando mi cuna, y quanto pueda

ser peligroso, pienso en instruirla
de la comun fermentacion que reyna,
con las voces que aun se multiplican
de meditar el Rey de sí alejarla,
exâltando una amada concúbina
del trono á la eminencia; añadiréla
que lo mejor de la nobleza Tiria
se expresa en su favor, que yo si acaso
con actitud alguna me imagina
para servirla, rendiré en su obsequio
gustoso el corazon; por esta via
le he de sondear, y si dispuesta la hallo,
haré mas importantes tentativas;
no hay noticia, palabra ó movimiento
que no merezca la atencion mas fina
de asuntos de esta clase en el manejo
de un político diestro; él necesita
leer un corazon que ver no puede,
y adivinar sin don de profecía;
¡pero la Reyna aquí! feliz encuentro.

ESCENA VI.

Leyoazar, Astebea, Dresia.

ASTEBEA.

Ilustre jóven

LEYOAZAR.

Mi obediencia activa
no difiere, Señora, el agradaros.

ASTEBEA.

Aprecio los obsequios que dedicas
á mi persona, mas la serie ahora
de tus sucesos me individualiza.

LEYOAZAR.

Ya, Señora, sabeis la gran discordia
que va arrojando sus primeras chispas,
desde la rica costa que habitamos
hasta el pais que el Nilo fertiliza;
ya sabréis las tragedias, los horrores
de que ha llenado aquellos tristes climas,
el furor incesante de una guerra
tan dilatada, como destructiva.

DRESIA.

Ah! terrible verdad! allí mis ojos
viéron tal impiedad, tantas desdichas,
que á su memoria el alma se estremece.

ASTEBEA.

Yo las ví sin saber aun distinguirlas.

LEYOAZAR.

Pues si de nuevo vemos las campañas,
y las asolaciones repetidas,
verémos el postrer abatimiento
de una nacion, que ya á prosperar iba;
por tanto, é imaginar que vos, Señora,
os preciaréis de amarla, y de servirla,
qual una hija llena de ternura,
á una madre infeliz aquí me envia,
sí, nuestra patria, aun mas el mismo Cie-
á que de vuestra gran piedad exîja lo,

la suspension del golpe que amenaza sobre el Egipto.

DRESIA.

Ah! y á esa querida
bella region debes, Señor, tu cuna?

LEYOAZAR.

La vida le he debido, y á rendirla
muy obligado por su bien me juzgo.

ASTEBEA.

Con quanto gusto yo protegeria
sus intereses, si el influxo mio
un medio fuese; pero que impropicia
es la ocasion, quando para el Monarca
de mediacion he menester yo misma.

LEYOAZAR.

Por lo que, Reyna ilustre, me intereso
en vuestra dignidad, se me permita
anunciar una especie que en el vulgo,
no se si verisimil difundida (vio.
hoy está; y es que el Rey, en vuestro agra-

ASTEBEA.

Ah! cesa, basta ya; pero me indica
con que semblante el Ciudadano acoge
la novedad.

LEYOAZAR.

Ah! todos la abominan,
el justo gime, el pueblo se enfurece,
y la nobleza, aunque hasta aquí tranquila,
contraponer á la impiedad la fuerza,
jura, si la estorsion se verifica,

toda Tiro tambien está irritada,
con la guerra, de Egipto todos gritan
por la paz, por lo mismo si gustaseis
que á la ilustre faccion que se combina
para desagraviaros, yo reuna
mis recursos, veréis que se anticipan
vuestra venganza, y el comun consuelo
de la tímida patria; y pues militan
para que obreis así motivos tales,
no hay otra obligacion que la resista.

ASTEBEA.

Peligroso es el caso, por lo mismo
no debo dar respuesta decisiva
sin que preceda un delicado exâmen
de la materia, no seré prolija
en resolver, para mañana exîjo,
que nuestras conferencias se repitan;
de mi benevolencia ácia la patria,
bien seguro entre tanto te retira,
advierte, pues, que el Principe informado
de la entrada freqüente, y repetida
de un jóven extrangero en estos sitios,
de él recelando alguna alevosía,
para que se le busque, y se le arreste,
las órdenes ha dado mas precisas,
quien sea este infelice no he podido
indagár.

LEYOAZAR.

Que no soy yo lo acredita,
el paso libre que se me ha dexado;

por esas dilatadas galerías,
la precaucion, no obstante, es necesaria,
repetiré con ella mis venidas,
el Cielo en tanto de valor os llene.

ASTEBEA.

El nos liberte de la tiranía.

ESCENA. VII.

Astebea, Dresia.

ASTEBEA.

Ay, Dresia amada, ¡quántos sobresaltos
el alma me circundan, y me agitan!
confusa amiga estoy.

DRESIA.

Ea, Señora,
ceda el temor, y rompa la osadía,
quizá es este el momento en que dispone
la providencia que tu ultrage mira
por medio de ese osado compatriota,
enderezar tus pasos que vacilan
entre la timidez y el heroysmo,
si la inaccion grosera de tí indigna
ha de cubrirte de un baldon eterno,
todo lo emprende, los peligros pisa,
y por qualquiera medio que hábil sea,
tu honor, tu fama triunfen, y tu dicha.

ASTEBEA.

Aunque mil pensamientos é inquietudes,

el pecho mio sin cesar fatigan,
no extrañar quieras que un carácter blando
lleno de humanidad, unido, amiga,
á la halagueña profesion de esposa,
no sepa disponerse á la ofensiva
contra un esposo, y Rey, títulos ambos,
que al corazon mas temerario ligan;
he resuelto, no obstante mi defensa,
pues en extremo tal no me acrimina.

DRESIA.

A mas de los motivos personales,
qualquiera cosa, dí, no emprenderia
por la liberacion justa y gloriosa
de la patria, amagada de una impia
destruccion? ah! que tu graduar no puedes
la desventura, el mal que quando niña
á tu infeliz pais padecer viste.
El incendio, la atroz carnicería
sin excepcion llevaban de alto á baxo
los campos, las Ciudades y las Villas;
aun me parece escucho los lamentos
de las hijas y madres, que oprimidas
á hijos, padres, esposos moribundos,
con el lúgubre peso recibian
por todos lados fieras estocadas,
dando á los pies de las contrarias filas
los últimos suspiros, que mezclados
con los paternos, y filiales iban;
ah los templos, las casas, los palacios,
en aquella ocasion solo á la vista

C

de piedras y cadáveres montones,
el horrendo espectáculo ofrecian,
todo inundado en lágrimas y en sangre,
los hombres y los brutos, con las ruinas
interpolados casi medio vivos,
los bramidos, las quexas ascendian
á llevar el horror al mismo Cielo,
los ayes, las postreras despedidas,
el llanto de los niños estropeados,
las blasfemias, las voces infinitas
de vencedores y vencidos, todo
formaba la mas trágica armonía
al desplomarse el templo de Serapis,
yo ví, ¡caso infeliz! tres mil familias,
con otros tantos sabios Sacerdotes,
sepultadas quedar hechas ceniza,
corazones rodando, aun palpitantes
de entrañas de sus cuerpos divididas,
y miembros destrozados, era solo
lo que allí se pisaba, y se veia
enteros esquadrones de guerreros,
respirando valor, y ardiendo en ira,
medio abrasados entre el hierro y fuego,
sin el órden perder muertos caian,
ah! todo el pueblo, y padres de la patria,
viendo así devorada la milicia,
acá y allâ corria tras la muerte,
qual se la daba á sí, qual la pedia;
al mas anciano ví de nuestros Jueces,
que despues de mirar, cosa inaudita!

espirar á seis hijos , y su esposa
arrojándose entre ellos con fatiga,
¿no hay quien me dé la muerte: pregunta-
ah! y en tal situacion sobre él arriba (ba
un cobarde enemigo, que de un tajo
la encanecida testa precipita,
esto era universal ¡Ah que furores
y que encarnizamento el de aquel dia!
aun imagino ver á tu gran padre
en la furia mayor de la conquista
de su triste Ciudad, sobre una brecha
rechazar solo una marcial quadrilla;
valor, Egipcios, sin cesar gritaba,
parecia un leon, ah! diez heridas
sin solo un paso haber retrocedido
recibió hasta exhalar el alma invicta
á la inmortalidad baxo una estatua
del gran Sesostris, ah! nadie se rinda,
hijos, mirad que aun vive nuestra gloria
pronunció al espirar.

ASTEBEA.

Ah! no prosigas,
no quieras con memoria tan amarga
duplicar un dolor que el pecho habita
desde la infancia, ya no necesito
para osada emprehender qualquiera intriga,
y aun pasar mas allá de descripciones,
que ántes ternura, que furor excitan (tiempo
pero: : : el Monarca aquí! que en mejor
tuvo en mis brazos ah! mas se reprima

el labio, corazon disimulemos,
quizá algun nuevo objeto se investiga.

ESCENA VIII.

Astebea, Dresia y Pigmaleon.

ASTEBEA.

Amado Pigmaleon, mi bien, mi dueño,
objeto soberano en que se fixan
mis amantes anhelos y cuidados,
á quien el alma toda se dedica.

ESCENA IX.

Dichos y Neriolan.

NERIOLAN.

Buscándoos, Señor, vengo deseoso
de daros el primero la noticia
de haber ya preso al extrangero jóven,
que en vos tantos recelos difundia.

PIGMALEON.

Dónde, y quando lo has hecho.

NERIOLAN.

Ahora mismo,
al momento, Señor, de su salida
de Palacio.

PIGMALEON.

Cargado de prisiones

á mi presencia le conduce aprisa,
que exâminarle por mí mismo quiero.

NERIOLAN.

Le tendréis sin tardanza á vuestra vista.

ESCENA X.

Pigmaleon, Astebea y Dresia.

PIGMALEON.

Ya mis temores, ya los sobresaltos
parece en este punto finalizan,
ya oprimido estará de las cadenas
el incógnito vil, que pretendia
temerario y fanático sin duda
la diestra exercitar contra mi vida;
yo haré que la terrible y justa muerte
de ese extrangero miserable sirva
de escarmiento fatal á los traidores,
y á todos quantos contra mí conspiran:
ya evitar lograré en lo sucesivo
las infamias, traiciones y perfidias,
salpicando con furia interminable
de sangre odiosa é infiel las calles Tirias.

ASTEBEA.

Quizá, Señor, á el arrestado jóven
una curiosidad y reflexîva
habrá movido á entrar en estos sitios,
no una intencion dañada y corrompida.

PIGMALEON.

Aunque siniestra su intencion no fuera,
siempre ha sido la accion muy desmedida,
y así forzoso se hace el castigarla
con la severidad mas justa y digna,
mas Neriolan parece que ya al reo
á esta mansion conduce, lo confirma
de la cadena el inmediato ruido.

(*Se asoma el Rey á la puerta*)

El es.

ASTEBEA. (*entretanto*

¡Con que temor el pecho lidia!
¿si el Egipcio será?

PIGMALEON.

Ya con él entra.

ESCENA XI.

Los dichos Neriolan, Leyoazar con cadenas y soldados que le escoltan.

NERIOLAN.

Monarca invicto, ya por fin cumplida
vuestra órden esta; ya al prisionero
teneis aquí.

LEYOAZAR.

¡Deidades impropicias!

PIGMALEON.

Dí, extrangero, tu nombre, dí tu patria,
dí tambien, ¿á qué ha sido tu venida

á mi Ciudad insigne?

LEYOAZAR.

¡O Rey piadoso!
mi nombre es Leyoazar, de una familia
noble, he nacido en la opulenta Chipre,
Isla famosa, y aliada antigua
de la gran Tyro, á donde me conduxo
cierta negociacion que facilita
el giro á mi comercio, y mi presencia
para su feliz éxîto exîgia
en vuestra Corte; algunos dias hace
que vine á ella: en esta narrativa
brevemente, Señor, os dixe quanto
de mí sé.

PIGMALEON.

¿Y qué, dime, te movia
á entrar tan amenudo en mi Palacio,
hasta las piezas aun mas retraidas
penetrando imprudente y atrevido?

LEYOAZAR.

Una curiosidad inadvertida
de exâminar quantas preciosidades
este bello edificio contenia,
ha sido, ó Pigmaleon, la sola causa
que me ha internado en él, no alevosias,
no traiciones, no muertes, no atentados,

PIGMALEON.

Tu mucha turbacion crimen indica.

ASTEBEA.

No es extraño, Señor, el sobresalto

que en ese prisionero se registrá,
quando se mira en la real presencia
del gran Pigmaleon, de la malicia
su aspécto reconozco muy distante.

PIGMALEON.

Aun mas pretenden mis sospechas vivas
saber de su conducta, ¿alguna arma
este intrépido incógnito traia?

NERIOLAN.

Solamente encontrarle hemos podido
este puñal, Señor, que conducia *(mani-*
en lugar bien oculto. *festán-*
dole.)

PIGMALEON.

Justos Cielos!
como mis juicios ya se verifican; *(hablan-*
ese puñal me alarga, *do Ne-*
díme, díme, *riolan, á*
cómo, osado extrangero, te atrevias *Leyoa-*
á penetrar armado en este sitio *zar.)*
contra mi rigurosa órden que priva
armas en él á todo Ciudadano,
que no esté comprehendido en la milicia?
así, audaz, se atropellan mis decretos?

LEYOAZAR.

Suspended un momento vuestras iras,
escuchadme, Señor, yo no he sabido
que tal prohibicion en Tyro habia;
pues á constarme, ya observado hubiera:::

PIGMALEON.

Viva el Cielo, traidor, que eso es mentira.

ASTEBEA.

Bien creible es, Señor, que un forastero
que en la Ciudad como de paso habita,
esté ignorante de esa providencia.

PIGMALEON.

Son todas sus palabras fementidas;
él morirá del modo mas infame
con las penas mas raras y exquisitas.

ASTEBEA.

No así, Señor, la indignacion te ciegue,
dispensa algun lugar á la justicia.

LEYOAZAR.

Bien los eternos y Divinos Manes
saben, Pigmaleon, que tanto dista
mi corazon de la menor vileza.:::

PIGMALEON.

En vano, Leyoazar, te justificas, (*miran-*
este cruel, este horroroso indicio *do al*
descubre tu maldad, y la acredita. *puñal.*)
Hoy mismo has de morir, y no hay remedio.

LEYOAZAR. (*á la Reyna.*

El miraros, Señora, compasiva
de mi suerte, me alienta á suplicaros
interpongais por mi inocente vida
benigno vuestro influxo poderoso,
que no dudo seréis bien atendida.

ASTEBEA.

Grande Pigmaleon, dueño adorado,
si es que mi mediacion algo te obliga,
si de tí merecerlo Astebea, puede,

con encarecimiento te suplica
la triste vida de ese miserable:
inocente quiza se le castiga,
y en los casos de duda la clemencia
que se abraze, Señor, la razon dicta.

PIGMALEON.

De tu imprudente suplica desiste;
pues me es indispensable no admitirla
en tales circunstancias.

LEYOAZAR.

¡Justos Dioses!

ASTEBEA.

Señor, mi ruego.

PIGMALEON.

En vez de la ignominia
con que espirar debia, degollado
morirá con honor, de esto te sirva
haberte en su favor interesado.

ASTEBEA.

Mas la vida, Señor.:::

PIGMALEON.

Es el pedirla
ociosa diligencia.

LEYOAZAR.

Pues, Tirano
si de la vida amable aun me privas, (cia?
¿qué gracia es la que has hecho á mi inocen-

PIGMALEON.

Así se agravia á quien te beneficia,
espera, infame, este brillante acero

de tus entrañas la maldad despida.

ASTEBEA. (*deteniéndole*

Cielos! Qué haces!

NERIOLAN. (*embarazándole la accion*

Señor::::

PIGMALEON.

Con esta punta
el corazon le he de sacar, no impidas
que en su pecho execute::: (*Hablando á Astebea.*)

ASTEBEA.

Considera::::

LEYOAZAR.

Sacras deidades!

PIGMALEON.

Por no ver teñida
mi real diestra en tu vil sangre, el alma
no te hago vomitar por mil heridas;
mas en breve veré tu fin, aleve,
Neriolan, de mi vista le retira.

ASTEBEA.

¿Su inocencia, no en fin te compadece?

PIGMALEON.

Su maldad, Astebea es conocida.

LEYOAZAR.

Yo sin culpa, Señor.

PIGMALEON.

Llevadle al punto,
te prevengo, Astebea, que me sigas yén- (dose

ESCENA XII.

Leyoazar y Neriolan.

LEYOAZAR.

Cielos! abismo! tierra! ah miserable!

NERIOLAN.

Vamos, infeliz jóven.

LEYOAZAR.

Qué injusticia!
de tanta iniquidad en recompensa
los soberanos Dioses no permitan
que ese Rey, ese bárbaro una hora
á mi muerte siquiera sobreviva.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Prision de estado, con una escasa luz y estrecha puerta.

LEYOAZAR. (*con cadenas.*

¡Infelize de mí! ¡sordas deidades!
¡qué adversidad! ¡qué situacion es esta!

ah! Leyoazar el hijo de Odisipo,
el jóven de mas fuego, mas firmeza
é intrepidez de quantos hasta ahora
han hollado del Nilo las arenas,
desarmado é indefenso á los furores
de un bárbaro Monarca, que atropella
de humanidad las Leyes sacrosantas,
encadenado así la muerte espera!
ó destino! ó impiedad! ó dulce patria!
pero que en vano difundir se dexa
mi clamor por el término abreviado
de este horrendo lugar! ah! pero alienta
constante corazon, sabe, recuerda
que vas á ser la mas gloriosa ofrenda,
que en las aras del grande patriotismo
admiró el Cielo, y lamentó la tierra:
desde el seno de Eliopolis, cambiando
la mansion agradable y lisonjera
de una opulenta patria por los mares
borrascosos, y mil penosas sendas,
he querido llegar, no sin zozobra,
al centro de un pais, en que se piensa
para siempre tratar á todo Egipcio
de la inhumanidad con el sistema:
solo el objeto, acaso temerario,
de escudriñar con viva diligencia
los ruinosos designios que formase
Pigmaleon, el movil de la guerra
contra mi patria conducirme pudo
á tan visible riesgo: ó pasion tierna!

ó interes! por el suelo á que ha debido
su ser el hombre, propension primera,
que con un modo, al parecer innato,
graba en el pecho la naturaleza:
heroes del Patriotismo que yo adoro,
vuestros auxîlios sobre mi desciendan:
de vuestro fuego un rayo me penetre,
y nada temeré no, no, con pena
mil famosos Atletas, imitando,
al suplicio iré yo; mas si rindiera,
ah! mi vida en un rigido combate,
con el bruñido acero haciendo piezas
mil guerreros, ó Jupiter! entónces,
entónces sí, ¡con quánta complacencia,
con quánto honor el último exhalara
de mis alientos! pero, ó suerte adversa,
en un cadahalso! al golpe de un verdugo!
sobre mi cuello tan infame diestra!
ha de ser: no hay recurso: ó eterno ultra-
que de coraje, y de rubor me llenas::: (je!
mas de pasos un ruido se percibe:
¿quién poco á poco á esta mansion horren-
parece aproxîmarse? será acaso (da
el cruel portador de la sentencia?
¿el Ministro del bárbaro? sin duda.
Aquí mi pecho está: tirano, llega,
desprecio tus furores: alguien abre:
ó cielos! sostened mi fortaleza.

ESCENA II.

Leyoazar y Astebea.

LEYOAZAR.

¿Quién baja á la prision de un desdichado?

ASTEBEA.

Quíen le protege.

LEYOAZAR. (*sorprendido*

¡O dulce voz! la Reyna!

ASTEBEA.

Compatriota infeliz.

LEYOAZAR.

Princesa ilustre,
qué! ¿cómo así vuestra beldad excelsa
á honrar se abate un hombre miserable,
á quien el Cielo ya, ni oye siquiera?

ASTEBEA.

Ah! como jóven tus amargas vóces
del corazon el centro me penetran:
tu imprevista prision, tu desventura,
mi lastima ha excitado de manera,
que atropellando mil inconvenientes,
dos veces fuí á la real presencia
á interceder por tí: mas te aseguro,
fué con tanto interes mi instancia hecha,
que advertí en el Rey mismo haber llegado
de mi á formar una siniestra idea:
inútilmente, pues, se esforzó el ruego:

nada se ha mitigado su inclemencia:
para justificar el sacrificio
contra tí un crimen la impiedad alega,
á que da de verdad el colorido:
en ese crimen, ó mas bien quimera,
tambien complice á mí sé quiere hacerme,
ah! no lo dudes. Pigmaleon empieza
á traslucir tu verdadera patria,
que por ser tambien mia, el impio intenta
de esta oportuna circunstancia asirse,
y de la injusta actual desavenencia
con el Egipto, para ya acusarnos
de emprendedores contra su diadema:
todo lo hemos perdido.

LEYOAZAR.

A mí, Señora,
en esta situacion ya no me resta
otra esperanza, que la de la muerte:
su época infeliz ya se me acerca:
ya imagino sentir sobre mi pecho
el cuchillo fatal, que no me aterra:
el tirano apresura los instantes,
solo el furor se escucha, y no hay quien
valor á declamar por la justicia: (tenga
ah! ningun patrocinio ya en la tierra
me puedo prometer: el de los Dioses
aun es mas problemático: ellos dexan
á los sucesos sobre los humanos
obrar por su combinacion diversa:
yo cumplí con la ley del patriotismo:

mi vida en lo demas nada interesa:
la suerte me burló, fui desgraciado:
ah! pero vuestra cándida belleza,
vuestra heroyca virtud ¿por qué al oprobrio
han de ser entregadas, y á la afrenta? (les
mucho mas aun los vuestros, que mis ma-
me atribulan: creedlo: ah! ¡quién pudiera,
á trueque de su sangre, ser escudo
de vuestros privilegios é inocencia!
mas decid ¿no pensais aprovecharos,
Señora, en tal conflicto de la inmensa
muchedumbre de honrados Ciudadanos,
que ya en vuestro favor se manifiestan?
muchos, á quienes empeñado habia
yo en nuestro apoyo, sé que no se niegan
á quanto dispongais: no los ignora
Danemon: reunidos con presteza
los auxîlios de tantos al momento,
el vigor oponed á la violencia.

ASTEBEA.

Ah! Leyoazar! lidiar contra un esposo,
y un esposo Monarca, es una empresa
que me hace estremecer.

LEYOAZAR.

Ah! todavía
á vuestro pundonor, vuestra grandeza,
y al comun beneficio del estado,
preferir no dudais, quién lo dixera!
gemir cobardemente bajo el yugo
de un tirano! tirano, que alimenta

su fanático espíritu de horrores!
pero ya que no os mueven, ó Princesa!
el propio bien estar, la eterna gloria,
un momento volved, grande Astebea,
los ojos á el Egipto, amenazado
de un tropel horroroso de tragedias,
aun en casi todas las Provincias
lamentables señales se conservan
de la irrupcion cruel de los Fenicios:
reducidos á un cumulo de piedras,
de torres, muros, templos y palacios,
una gran multitud, villas enteras,
hechas carbon, montones espantosos,
con que muy amenudo se tropieza
de humanos huesos, aun mal sepultados:
ah! que ví en la impiedad la furia expresan
del barbaro invasor: quando del seno
salí de triste madre en hora adversa,
aun estaban calientes las cenizas
de la infeliz Eliopolis: funesta
mansion de mi familia desdichada,
y en donde fué de mas horror la escena.

ASTEBEA.

De esa Ciudad, ¡ó Cielos tú eres hijo!
ah! su aniquilacion fué la primera
perspectiva, que dió á mis tiernos ojos
la luz del Sol: ¡qué adversidad aquella!
quatro años no cabales yo contaba,
quando despues de una inmortal defensa
del sitiador Exército una noche

fué asaltada la plaza por cien brechas:
¡ó noche, ó noche de desdicha y llanto!
noche la mas cruel, la mas tremenda,
que jamas habian visto los mortales:
en el mayor ardor de la refriega
perdí, Señor, á mi animoso padre,
por cuya muerte de heroysmo llena,
faltó á la patria ya toda esperanza
de resistir: ah! puso sus banderas
el enemigo, en fin, sobre los muros:
cada vez fué menor la resistencia,
creciendo en cambio el mal, y los horrores,
el acero, y el fuego se congregan
para esterminio del rendido pueblo:
ah! mi morada fué de las primeras
al furor del incendio en desplomarse:
yo del Fenicio entónces prisionera,
la vida conservé con una jóven, (Dresia:
que hoy aquí has visto, y cuyo nombre es
mi madre mas feliz en aquel punto
de la Ciudad se hàllaba algunas leguas
en una quinta de un pariente nuestro,
que del belico estrago quedo exênta,
en cinta, á la sazon, de algunos meses
estaba: así lo oi á mi compañera:
yo conducida en breve á estos parages,
su destino ignoré; pero la pena
de perder á su esposo y á una hija,
única entónces, junto con la acerba
situacion peligrosa en que yacia,

temo la haya oprimido de manera,
que ya no exîsta: así me lo imagino.

LEYOAZAR.

Ah! que oigo! sin alguna diferencia
en igual situacion quedó la mia;
que de la patria en la invasion violenta
perdió su esposo, y mi infelice padre,
que quizá compañero del vuestro era:
yo de aquel himeneo desgraciado
el postrer fruto fuí, noble Princesa,
solo tuve una hermana, que la cuna
del sepulcro fatal distinguió apénas:
que pereció no dudo entre las ruinas
de su Ciudad, pues no supimos de ella
despues su madre y yo.

ASTEBEA.

Mísera madre!
¿y era tu hermana dí, de edad muy tierna
en aquella sazon?

LEYOAZAR.

Tenia la misma
que vos, Señora, ¿acaso su exîstencia
me quereis anunciar? mas qué delirio!
¡quanto habrá que no vive! alguna idea
tendréis de haberla visto?

ASTEBEA.

Mas confusa
estas noticias cada vez me dexan.

LEYOAZAR.

Tomiris se llamaba.

ASTEBEA. *Sorprehendida.*

O Cielo! el nombre,
que los Fenicios, segun dice Dresia,
en el que ahora tengo, me han trocado!
y el mismo de mi madre!

LEYOAZAR.

Qué! ¿estais cierta
de todo eso?

ASTEBEA.

No hay duda.

LEYOAZAR.

O confianza!
Será posible! ó Dioses! qué sorpresa!
¿conservado la habréis? tambien Tomiris
es mi madre.

ASTEBEA.

Ah! el alma se enagena!
¿qué dudas, Leyoazar? yo soy la hija
de aquel Egipcio, rayo de la guerra,
desgraciado Odisipo.

LEYOAZAR.

Ese es mi padre,
que lidiando murió, como quien era,
á los pies de la estatua de Sesostris.

ASTEBEA.

El mismo, hermano, abrázame, qué esperas?

LEYOAZAR.

O Jupiter! ella es: ó instante! ó dia!
para mí el mas feliz! querida, llega:
hermana, ó dulce nombre! entre tus brazos

vuelve á estrecharme, ya que las cadenas
hacerlo á mí me impiden libremente.

ASTEBEA.

Ah! que union, Leyoazar, tan lisonjera;
si no fuera, bien mio, la amargura
de tu estado infeliz, que nos afrenta:
pero dime, Tomiris, nuestra madre
exîstir puede?

LEYOAZAR.

Sí, la providencia
la ha reservado para las desdichas:
su voz, su rostro, en todo la asemeja:::
ah! sus modales::: de ella es un retrato:
¿quién lo pensara? pero, hermana bella,
¿quál despues de cautiva fué tu suerte?
de tu vida me informa.

ASTEBEA.

Aunque siniestra
apareció al principio mi fortuna,
tuve en fin por prision la rica tienda
de un ilustre caudillo de los Tirios,
que dispensarme quiso su tutela,
conducida á estos climas, en su casa
con el lleno de amor y de terneza
me crió que á una hija, hasta que fuera
ya de mi infancia, á la virtuosa Reyna
gustó de presentarme: en su servicio
me exercité hasta el punto, que la tierra,
dexando esta heroina, enamorado
de mí, no sé el motivo, que subiera

al trono me hizo, para ser su esposa,
Pigmaleon, que ahora:::::

LEYOAZAR.

Cesa, cesa,
no profieras un nombre, que eterniza
mi indignacion: ah! solo desde hoy piensa
en vengarte, Astebea, y en vengarme:
un puñal, un veneno, una saeta
de tu audaz mano acaben de improviso
con ese monstruo, que Fenicia encierra,
con el que ultraja, y pisa nuestra sangre,
Ah! que respondes! tu color se altera!

ASTEBEA.

Ah! Leyoazar, qué dices! una esposa
contra los juramentos y promesas
de amor y lealtad puede:::

LEYOAZAR.

Qué escucho!
¡caiga sobre mí el Cielo! qué bajeza!
y una esposa abatida, y deshonrada
arrojada vilmente de la excelsa
cumbre del solio, â cuya propia vista
un inocente hermano á morir llevan
del modo mas infame ¿acaso debe,
dí, convenirse en su ignominia eterna,
y en la efusion aun de su misma sangre?
qué! qué resuelves?

ASTEBEA.

A las plantas regias
iré, Señor, el Príncipe informado

de quien eres, confió su indulgencia,
para tí conseguir.

LEYOAZAR.

Cielos! abismo!
¡qué yo sufra expresion de tanta afrenta!
¡mi vida obtener yo de ese cobarde!
ah! qué dixiste! un rayo tu vil lengua
partir debia! acaso de Odisipo
eres tú hija, y de otros veinte Atletas,
nuestros mayores, que hasta el Clima In-
llevâron su valor y sus proezas? (diano
no percibes los gritos de tu padre,
con que te anima, los de tu ascendencia,
que reprenden tu torpe cobardía?
nuestra afligida madre si supiera
tu insensato interes por ese monstruo,
ah! qué diria? pero tú hija de ella
no eres, no, ni de tantos héroes grandes,
ni hermana mia; á serlo, ya en defensa
de tu honor qualquier riesgo atropellaras:
mas nada te estimula, ya deshechas
estan mis esperanzas: si alguna arma
tienes contigo, al punto me la entrega.

ASTEBEA. *Enternecida por momentos.*

Ninguna.

LEYOAZAR.

Y haces bien, porque al instante
que la empuñase mi ofendida diestra,
la bañaria en mi preclara sangre

primero, que manchada por tí verla:
acaso, no lo dudes, á tu pecho
volaria en seguida con fiereza;
en él, el digno premio si gravando
de tu inaccion, ah! ¿nada me contestas?
pero tú lloras? ¿conmoverte pudo
algun tanto mi voz?

ASTEBEA. *llorando.*

Hermano, ordena,
á excepcion de la muerte, qualquier cosa
contra el tirano: destronarlo sea,
en su lugar á Balcazar poniendo,
todo lo emprenderé: vamos, decreta:
obedecerte juro.

LEYOAZAR.

¡Qué es lo que oigo!
hermana ya te llamo: vé, congrega,
arma todo el partido, haz, si es posible,
que para dar principio á la interpresa,
prevenidos esten. Será el momento,
quando al suplicio conducir me vean.
Esto te encargo, á Danemon confia
toda la operacion; pero quién entra?

ESCENA III.

Leyoazar, Astebea y Dresia.

DRESIA.

Señora, Neriolan ahora dicen

descenderá á este sitio: ven, no quieras
mas aquí detenerte.

ASTEBEA.

Fatal golpe!

LEYOAZAR.

Nada ya nos importa: ¿tus ofertas
serás capaz ya de cumplir? dí, ¿juras
realizar mis designios y advertencias,
como el medio de hacernos venturosos?

ASTEBEA.

Ah! sí lo juro, sí, por la gran Vesta,
todos los Dioses, y mi heroyca estirpe.

LEYOAZAR.

Me basta: vete: el Cielo te sostenga.

ASTEBEA.

Hermano, á Dios.

LEYOAZAR.

Serás, ó muger fuerte!
la admiracion de edades venideras.

ESCENA IV.

LEYOAZAR.

O Cielos! que suceso tan extraño
acaba de ocurrir! mal aun acierta
á contemplarle verdadero el alma!
una ilusion parece! en las estrechas
lobregueces de un triste calabozo
hallar y conocer, cosa estupenda!
á una hermana, creida en el sepulcro

veinte años hace! ó madre! ó madre tierna!
¿quién te dixera que tu hija vive,
y de sus mismos opresores Reyna!
por qué extraños caminos y sucesos
las fortunas se abaten, y se elevan
de los mortales! ah! como esta misma
inestabilidad de todo enseña
mejor que escuela alguna, al venturoso
moderacion, y al infeliz paciencia!
mas alguien viene: Neriolan ser puede:
sea quien fuese, nadie me amedrenta.

ESCENA V.

Leyoazar y Neriolan.

NERIOLAN.

Intrépido extrangero, esas prisiones
es forzoso produzcan una inmensa
fatiga en tu persona delicada:
yo ciertamente me compadeciera
mucho mas de tu suerte, si tú mismo
á suavizarla no te resistieras.

LEYOAZAR.

Neriolan, un espíritu brioso,
que el crimen no anonada, contraresta
tranquilamente todas las desdichas:
de mí por tanto no te compadezcas.

NERIOLAN.

Si revelaras con candor sincero

los audaces designios, las ideas
que contra el Rey formar hayas podido,
y los que tienen parte en la secreta
conjuracion, que á tí se te atribuye:
Pigmaleon, prometo, que tuviera
á bien el indultarte.

LEYOAZAR.

Depravado
impostor! ya penetro tus cautelas:
sale de aquí: no vengas á insultarme:
no soy promovedor, como tú increpas,
de sediciones: yo no formo lazos
contra tu Rey: su tiranía inventa
ese pretesto vil para oprimirme:
yo su indulto desprecio, y tu apariencia
de fino mediador.

NERIOLAN

Calla, atrevido,
aun en ese estado de miseria
é imposibilidad, hacer presumes
de hombre indomable? tu maldad te ciega?
exâmina, infeliz, si no te humillas,
y denuncias, que sobre tu cabeza
fementida á caer hoy va el cuchillo.

LEYOAZAR. *con furor.*

Bárbaro! yo humillarme!:: qué grosera
desatencion! yo fementido! ó audacia!
si estos hierros, cruel! si estas cadenas
mis brazos no ligaran, yo te juro,
que hoy á mis pies el ímpetu abatiera

de tu feroz orgullo para siempre.

NERIOLAN.

Sí miserable: tu valor obstenta
que ya en breve por mano de un verdugo
te vuelvo á dar la digna recompensa.

ESCENA VI.

LEYOAZAR.

O cielos! ¡por qué así me reservabais
estos ultrages, que aun mas me atormen-
que los estragos de la misma muerte! (tan,
ah! ¿Leyoazar, sin limites tolera
las insolencias de un vil cortesano?
¿oye su deshonor, y no se venga?
ah! pero yo prometo que mi sangre
no habeis de derramar, sin que sorprenda
á este bárbaro clima algun arrojo,
que de mi vida el timbre mayor sea.

ACTO QUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Pigmaleon y Neriolan.

PIGMALEON.

¿Qué dices, Neriolan?

NERIOLAN.

Señor, no es tiempo
ya de dudar, creed que se sospecha
con mucho fundamento haber bajado
á estar con el incógnito Astebea.

PIGMALEON.

No puedo concebirlo; pero dime,
¿él no está asegurado?

NERIOLAN.

Y sin que tenga
el mas pequeño arbitrio para huirse
de la prision; no obstante, la cautela
y el grande empeño con que solicita
hacerle ver su proteccion la Reyna,
su oro, sus dispendios, sus instancias,
que seduzcan rezelo sin violencia,
aun á la misma tropa, cuyo oficio

es circundar vuestra persona regia.
Narbal, Señor, que contra vos se explica
tan despechado, ese hombre, á quien aprecia
toda la guardia, y de quien son parciales
tantos soldados, es el que fomenta
de Astebea el designio, quien al crimen
impulso da, y es tal su prepotencia
y su malignidad, que en vuestro daño
podrá verificar alguna adversa
revolucion.

PIGMALEON.

Bien llego á imaginarlo;
pero ¿qué de tu breve conferencia
con Leyoazar has deducido? alguna
pudiste penetrar de sus ideas?
en su semblante, en sus contestaciones,
en sus mismos descargos ¿no se observa
algo que le acrimine? ¿le ofreciste,
confesando su culpa, mi indulgencia?

NERIOLAN.

Sí, Señor; pero á eso ha contestado
con vilipendio tal, y tal soberbia,
que para traspasarle casi estuve
con el acero; y aunque en sus respuestas
y raciocinios nada que nos haga
mas sospechoso percibir se dexa,
el es un impostor, un fementido:
mil pruebas, que sabeis, os evidencian
esta cruel verdad; con vuestra esposa
el coligado, escandalosa empresa!

desde las vuestras á sus viles sienes
transferir intentó la real benda,
contra vos conspirando, y los leales,
una Princesa audaz de furor llena,
á tal delito senda proporciona,
y un General de los que experimentan
mas vuestra proteccion, ¿ y aun un mo-
dilatais la venganza? (mento

PIGMALEON.

Ay amigo; ella
al fin ha de arruinar á los traidores;
pero yo ignoro qué otro arbitrio deba
por ahora tomar, que del Egipcio
la proscripcion.

NERIOLAN.

Señor, es diligencia
indispensable, y por instantes urge
la prision de Narbal; de suspenderla
á pesar de vos mismo, y del castigo
de Leyoazar, veréis que se renueva
la pérfida faccion con nuestra ruina,
ademas ha llegado su insolencia
á ultrajar á Amesida; yo lo he visto.
El la desacredita, él la desprecia
él desde que no ignora vuestro afecto
la dedicásteis, de clamar no cesa
que Amesida desea entronizarse,
solo á fin de acabar con la nobleza.
Este grosero crimen el motivo
para su pronto arresto, Señor, sea:

PIGMALEON.

¿Cómo el motivo? y el mayor din duda
que darme pudo de furor? ah! ¿piensa
el ingrato abusar de mis piedades?
ahora mismo, Neriolan, le arresta,
y haz que ponga en tus manos el acero.

NERIOLAN.

Es la mas oportuna providencia,
que para vuestra conservacion disteis.

PIGMALEON.

Lo que mando executa, sin que atiendas
á sus reconvenciones; ya ese monstruo
su audacia pagará con su cabeza.

ESCENA II.

NERIOLAN.

Ea, corazon mio, todo sale
muy á medida de lo que proyectas;
el incauto Monarca, á quien adulo
me escucha como á oráculo; yo á expensas
de la justicia abuso hasta el extremo
de su satisfaccion, ó ambicion ciega!
madre de tantó mal, quánto me arrastras!
mas para engrandecerme, todo ceda.
Ah! Leyoazar al pie ya del suplicio,
poco ménos Narbal, y aun la Reyna
por mi destronizada, el despotismo
que me prometo ya me lisonjea,
de mis astucias ya percibo el fruto:

¿quién al audaz Narbal dicho le hubiera
que al fin habia de ser por mi arrestado?
aquel orgullo y altivez inmensa,
que no ha muchos momentos pretendia
al mismo Soberano dictar reglas,
por una infeliz subita mudanza
se mira ahora en la precisa urgencia
de su espada entregar, y su persona
á un enemigo, que de su altanera
intrepidez está tan agraviado.
¡Qué confusion extraña! ¡qué sorpresa
padecerá al oir la cruel órden!
¿su pecho audaz alguna resistencia
intentará? pero será infructuosa.
á buscarle ya voy, mas aquí llega,
si no me engaño, con qué altanería!

ESCENA III.

Neriolan y Narbal.

NARBAL.

Mas, Neriolan, qué turbacion es esta,
que de verme resulta en tu semblante?

NERIOLAN.

Mucho rubor, mucho pesar me cuesta
el decirlo; pero es indispensable.

NARBAL.

Habla, pues, Neriolan, no lo difieras.

NERIOLAN.

Preven tu corazon.

NARBAL.

Nada le asusta;
quanto puedas decir tranquilo espera.

NERIOLAN

Que el acero me rindas, y á una torre
te conduzca arrestado, el Rey ordena.

NARBAN.

Qué dices Neriolan?

NERIOLAN.

Ya lo has oido.

NARBAL.

Que eso mande mi Rey, ó dura estrella!
qué ceguedad! ay infeliz Monarca!
y dime Neriolan, ¿no tu prudencia
ha procurado mitigar su enojo?

NERIOLAN.

Lo intenté muy en vano, pues las quejas
contra tí de Amesida:::

NARBAL.

Ah vil! ah ingrato!
tú las calumnias contra mí fomentas
de esa muger impia, no lo ignoro;
¿y qué descargo á culpa tan grosera
podrás hallar? ó Reyno miserable!
qual tu suerte será, quando te entrega
el Cielo de este pérfido al arbitrio,
y de una infiel, que al Príncipe encadena
con torpes lazos, ah! para desdicha

de una nacion gloriosa.

NERIOLAN.

Narbal, dexa
esas declamaciones importunas,
y en cumplimiento de la órden regia
preso te da, y entrégame tu espada.

NARBAL.

¿Cómo, traydor, á imaginarte llegas
que tan glorioso estoque á tí ha de darse?
busca á Pigmaleon, ve con presteza,
dí que es tanto Narbal, que á su persona
su acero rendirá, que á otro qualquiera
es vano empeño.

NERIOLAN.

Ríndele insensato.

NARBAL.

Para privarte de alma tan siniestra
le he de sacar.

Echando mano á la espada.

NERIOLAN.

Recela, temerario,
un castigo exemplar.

NARBAL.

Nada me aterra.

NERIOLAN.

Al Monarca diré tanta osadía.

NARBAL.

Ya tardas.

NERIOLAN.

Ya abatida tu soberbia

mirará toda Tiro con espanto.

NARBAL.

Antes de tí, y la vil que lisonjeas,
un escarmiento el mas inesperado
han de ver nuestros lares con sorpresa.

ESCENA IV.

Astebea y *Dresia.*

DRESIA.

Narbal y Neriolan ahora mismo
se retiran de aquí: sus inmodestas
voces indicios son de que altercaban
como suelen los dos; sus competencias
quizá serán la ruina de uno y otro.

ASTEBEA.

No, amiga, Neriolan es el que lleva
de la injusticia el eco y la lisonja,
y á su ribal oprimirá, que intenta
sostener la virtud, y sus derechos
que sin rubor el Príncipe atropella.
Así por mas que agote su discurso
Danemon, y por mucho que se extienda
nuestro partido, débil será siempre:
yo juzgo convendrá que Narbal sepa
mis tentativas por salvar á un hijo,
y á un triste hermano que en las mas funes-
circunstancias el Cielo ha conducido (tas
entre mis brazos, ah! ¡qué mutuas penas

esta imprevista union nos origina!
los últimos esfuerzos ya se emplean,
y por momentos mas la certidumbre
de un éxîto feliz se nos aleja.
ah! ya no hay mas que hacer.

DRESIA.

A mí, Señora,
aturdida aun me tiene la sorpresa
de ver aquí sin ser imaginable
al hijo de Odisipo; obra ha sido esta
del mismo Cielo, caso portentoso!
pero ¿por qué, Señora, no aceleras
el ganar en tu apoyo la gran turba
del Sacerdocio? ¿ignoras su influencia,
su predominio sobre toda clase
de ciudadanos?

ASTEBEA.

Ah! querida Dresia!
yo estoy de sus auspicios destituida,
no por efecto de que fieles sean
á su Señor, ni yo misma pretendo
cosa en contrario, quando una inclemencia
solo rebatir quiero; pero el oro
que despóticamente los gobierna,
y que Amesida anticipó á sus ansias,
decidió su faccion: á esto se agrega
una antigua aversion, que ácia mí ocultan,
porque á sus cosas no me muestro afecta,
y porque muchas de ellas graduar suelo
ya de supersticiones, ya de necias

vulgaridades; pero ven, amiga,
pues el Rey con Narbal acia aquí entra.

ESCENA V.

Pigmaleon y Narbal.

NARBAL.

Grande Pigmaleon, Monarca invicto,
por un momento exâminad siquiera
mis descargos.

PIGMALEON.

Son fríbolas disculpas
quantas, Narbal, en tu favor alegas;
si fácilmente crees sincerarte,
sabe que es imposible de una ofensa,
que de Amesida prodigiosa siendo,
preciso es que por mia yo la tenga.

NARBAL.

Mal puede ser, Señor, ofensa vuestra
lo que ha sido la prueba mas sincera
de mi inviolable lealtad y afecto,
quando con artificios y cautelas
los lisonjeros, viles cortesanos,
hijos de la ambicion, y la proterbia,
os conducen, Señor, al precipicio;
solo Narbal desvanecer intenta
sus malvados designios. O Monarca!
¿puede en esto agraviaros mi nobleza?

PIGMALEON.

Los insultos, desprecios y baldones,
con que ultrajas á quantos me rodean,
son, osado Narbal, claros indicios,
mas que de tu lealtad, de tu soberbia.

NARBAL.

¿Cómo, Señor, tratais así á un vasallo,
que dando está, desde la edad primera
incontestables evidentes pruebas
de su fidelidad á la Diadema?
Al lado ya de vuestro augusto padre
manifesté en la paz, como en la guerra,
que, no en vano, aquel héroe me fiaba
las mas arduas dificiles empresas:
en los rudos combates; ¿quántas veces
de su importante vida en la defensa,
las ruedas de su carro salpicadas,
dexó el humor purpúreo de mis venas?
ah! que infinitas veces á aquel Marte
se le ha oido decir en las refriegas,
ven, Narbal, á mi lado. Ah! qué memorias!
para no las llorar, pasemos de ellas:
Murió el famoso, el memorable Belo,
aun en sus palabras postrimeras
mi fina lealtad os acordando:
falleció el héroe; en fin, quando en la tierna
puericia habeis subido vos al trono,
los avisos de un padre y advertencias
con religioso pecho venerando:
desde entónces, Señor, fué mi carrera

la mas brillante en el servicio vuestro.
¿Quántas azañas mi valor no obstenta?
¿qué innumerables choques no acreditan
el vigor de mi acero? ¿en qué sangrientas
lides gloriosamente no sostuve
el honor de la Patria? que completas
victorias no he logrado? ¿qué jornadas
célebres cuento? en especial aquella,
en que fuí el terror de todo Egypto,
quando temblar miré de la gran Tebas
á mi presencia, los soberbios muros,
quando del Nilo la feraz ribera
en la funcion mas rígida de Marte,
teatro fué infeliz de la tragedia
del bravo Tacelotis, cuya audacia
feneció á impulso de mi heroyca diestra,
esa la vez ha sido, que por colmo
de mis marciales glorias y proezas,
la cabeza del Rey mas arrogante
ofrecer pude á vuestras plantas regias,
ese trágico obsequio el mas glorioso,
ese especial servicio, á que se agregan
tantos hechos á vos y á vuestro padre,
¿no me merecerán vuestra indulgencia?

ESCENA VI.

Pigmaleon, Neriolan y dichos.

NERIOLAN.

No deben merecerla, no insolente.

NARBAL.

Hombre atrevido, qué altivez es esa?

NERIOLAN.

Poderoso Señor, que á vuestra vista
podeis aun admitir á quien se niega
á obedeceros loco y temerario!
¡quien soberbio y fanático atropella
los respetos, que al trono se le deben!
¡quien incesantemente vitupera
una beldad en medio de que sabe
que os agravia qualquiera que la ofenda!
¿cómo el castigo diferis un punto
de ese loco vasallo?

NARBAL.

Qué insolencia!

PIGMALEON.

Neriolan, no prosigas, que yo ofrezco
satisfacer sin dilacion tus quejas.

NERIOLAN. *Hablando á Narbal.*

¿Qué dices, temerario, qué respondes?

NARBAL.

Hombre impio, no dudes que pudiera
satisfacer á tus inculcaciones;
pero tu vil carácter no me dexa,
pues de ser contestado no eres digno.

PIGMALEON.

Narbal, suspende tu atrevida lengua.

NERIOLAN.

Que le sufrais, Señor, aun es posible?
que despues de haber hecho resistencia
á vuestra real órden, que intimada
por mí mismo le fué, de que rindiera
su acero y su persona, aun es creible,
que no le hayais cargado de cadenas?

PIGMALEON. *Hablando á Neriolan.*

Tienes razon. *Hablaudo á Narbal.*
infame traydor, dime
¿cómo en tí cupo tal inobediencia?
pero ya me apresuro á castigarla:
á la torre mas próxîma le lleva
al punto, Neriolan.

NARBAL.

Señor, oidme.

PIGMALEON.

No, tus disculpas mi furor espera:
al momento obedece, y el acero
á Neriolan sin dilacion entrega.

NARBAL.

Permitidme, Señor, que á vuestras plantas
le rinda, porque acero en que aun humea

la sangre generosa de un Monarca:::

PIGMALEON.

A Neriolan le alarga con presteza,
y de mi vista al punto te retira.

NARBAL. *dando el acero.*

Qué cruel golpe!

NERIOLAN.

Ya tu altiva y fiera
condicion hoy abate el alto Cielo.

NARBAL.

El Cielo volverá por mi inocencia. *vase.*

ESCENA. VII.

PIGMALEON.

Conozco su bondad, me compadezco:
su zelo inmoderado, su grandeza
de espíritu á menudo le arrebatan
á mil temeridades indiscretas:
él no es infiel, él es de aquellos pocos
que hablan por la verdad; pero perezca,
si ha de servir de obstáculo un momento
á que yo me vinculé en union tierna
el corazon, y gracias de Amesida.
solo su trato, y vista placentera
en las horas, que logro dedicarla,
me pueden distraer de esta tristeza,
de este pavor, que desde el fraticidio
de Siqueo mi espíritu atormentan:
ó mal logrado hermano! tú sin duda

desde el lugar en que los justos reynan,
al Cielo pides contra mí venganza,
ah! qué cruel! aun no te contentas
con abismarme en un mortal disgusto,
sino que quando el sueño me enagena,
tu voz escucho, que me causa espanto,
discurro que tu sombra se me acerca
armada de furor, y que del pecho
me arranca el corazon; ah! me despierta
esta ilusion atroz que hace continuo
mi sobresalto; pero aquí Astebea.

ESCENA VIII.

Pigmaleon y Astebea.

ASTEBEA.

Aunque con bien escasas esperanzas
de excitar tu piedad, la vez tercera
á pedirte, Señor, rendida vuelvo
la suspension de la fatal sentencia,
dada contra ese jóven extrangero;
su inocencia, infeliz, te compadezca;
no su garganta pruebe el duro estoque:
este especial favor, esta fineza
me prometo, Señor, de tu cariño;
aunque el mio quizá no lo merezca.

PIGMALEON.

Muy extraño, Astebea, se me hace,
que tomes á tu cargo la defensa

de ese atrevido miserable Reo,
cuya muerte no ignoras, interesa
á la seguridad de mi persona,
y á la tranquilidad que hasta aquí reyna
en el pujante estado que domino.

ASTEBEA.

Escuchame, Señor, si yo supiera
que de la muerte de ese infeliz jóven,
ó qualquiera otro humano, te pudiera
resultar, no la vida, si tan solo
el menor incremento de grandeza,
la endeble mano de esta muger flaca
en descargar seria la primera
sobre tal miserable el mortal golpe:
contra mi gustosisima y contenta
empuñaria el riguroso acero,
si de tal sacrificio se siguiera
útilidad alguna, amado dueño.

PIGMALEON.

Quanto agradezco, esposa, la vehemencia
de tu sincero amor.

ASTEBEA.

Ah! ¡quién pudiese
hacer, Señor, que mi corazon vieras!
pero, Monarca, ese hombre miserable
en quien maldad alguna ni infidencia
contra tí se halla, di, podrá ser justo
que lastimosamente así perezca?
pues él está inocente, con su muerte
no á delinqüente alguno se escarmienta,

muévate el llanto de ese desgraciado.

PIGMALEON.

¿Y de qué por ventura te aprovecha
la vida de un incógnito extrangero?
¿qué interesarte puede el que la pierda
ó el que la conserve? ¿qué motivo
en prestarle favor así te empeña?

ASTEBEA.

Haberle sin delito contemplado
es la causa, Señor, de que interceda,
no otra alguna, por ese forastero;
pues es tan delicada esta materia,
y qualquier vida tan interesante,
que para un reo despojarle de ella
muy pocas causas suficientes se hallan.

PIGMALEON.

En vano me disuades, Astebea,
de Leyoazar la muerte.

ASTEBEA.

Ah! ¿y es posible
que has de menospreciar de esta manera
mis tiernos ruegos? mírame á tus plantas,
que hablo por la piedad; dala siquiera (*pros-*
oidos un momento, ella te grita, *ternán-*
á ese triste releva de la pena capital; *dose.*
sufra, pues, otro castigo.

PIGMALEON.

No mas importunarme ya pretendas:
la razon, la justicia de mí exîgen
este escarmiento, y debo obedecerlas.

ASTEBEA.

Tú justamente dar la vida puedes
á Leyoazar.

PIGMALEON.

El cielo le condena. *(en accion de marchar.*

ASTEBEA.

Mis cordiales afectos, mis instancias
en mejor tiempo de tan dulce fuerza
nada ya valen?

PIGMALEON.

No de mí te quejes:
culpa, pues, al rigor de las estrellas.

ASTEBEA.

Qué! de mí huyes?

PIGMALEON.

Es indispensable.

ASTEBEA.

Ah! sin oirme?

PIGMALEON.

El Cielo así lo ordena.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

Astebea, Dresia.

DRESIA.

Ya, Señora, está todo en movimiento,
con vigor tus parciales se preparan
á sostener tu causa, y tu decoro
ya como un rayo Danemon propaga
entre ellos, y el partido de tu hermano
el fuego, que los ánimos inflama.
Por otra parte vemos se apresura
el Rey á executar sus inhumanas
ideas de furor y de ignominia:
para hallar á su exceso ménos trabas,
ya en una torre la persona ha puesto
de Narbal, ese mismo, á cuyas sabias
instrucciones debió su primer lustre,
y su antigua virtud. Ah! qué desgracia
privarse ántes de tiempo de los sabios,
cuya vida jamas pareció larga!
pero el tirano á todo ya se arroja,
Leyoazar, no lo dudo, sin tardanza
solo para acabar en un suplicio
saldrá de la prision.

ASTEBEA.

Ay Dresia amada!
es esa la terrible espectativa
que me confunde mas, ah! no desmaya
mi osado corazon; pero no ceso
de imaginar catástrofes amargas, (nes
que me cubren de horror: las precaucio-
que permiten las duras circunstancias
de nuestra situacion, ya se han tomado,
ya encargado quedó con eficacia
de entregar á mi hermano aquel Fenicio
el papel importante en que se le habla,
aunque confusamente, lo bastante
á su conocimiento: ya ganadas
estan las centinelas que vigilan
sobre Narbal, cuya osadía extraña
le conduce á emplear con el Tirano
los desengaños, y aun las amenazas
en mi favor: mas ah! sus saludables
avisos llegan tarde, ó quizá bastan
á empeorar su suerte por la mia.
Ah! quantas veces suelen las palabras
llenas de humanidad y de cordura
infelizmente promover la saña
del corazon impio, á quien irrita
quanto por justo á su impiedad no adapta.

DRESIA.

Pigmaleon, Señora:::

ASTEBEA.

Ya le advierto:

su vista me enfurece, ¿no reparas
qué gesto tan feroz? sígueme, Dresia,
huyamos de ese monstruo.

ESCENA II.

PIGMALEON.

Nada falta
á mis grandes designios; está todo
preparado de suerte, que mañana
podré seguro dar el postrer golpe,
que hacerme feliz debe: entronizada
á mi lado Amesida, las caricias
disfrutaré tranquilo de quien me ama.
Astebea, Astebea me aborrece
con todo el corazon; tanto me agravia,
que sostituye al mio el torpe afecto
de un incógnito vil, con quien se hermana
para mi destruccion. Ah! el gran despecho
de ver no me seducen ya sus gracias
de las de otra beldad en competencia,
mas que el deseo de salvar su patria,
á que amenazo con sangrienta ruina,
le induxo á combinar sus asechanzas
con las de ese traidor: así lo piensa
Neriolan, que con suma vigilancia
sus movimientos ha observado, y cuya
política sagaz y delicada
penetra sus arcanos; ni repugna
que pudiese esa Egypcia temeraria

erigir en asunto de heroysmo,
qualquier perfidia con imaginarla
ser de algun beneficio el instrumento
para sus compatriotas: así engañan
con ayre de virtudes mil maldades,
á que la multitud rinde alabanzas;
pero en vano Astebea, y los traydores,
que junta el interes, ó el crimen arma,
de mi grandeza emprenden abatirme:
ya su caudillo miserable aguarda
de aquí á un instante mas la recompensa
de sus iniquidades: ya dilata
Neriolan avisarme que al suplicio
se le conduce; pero ácia esta estancia
acelerado asoma, qué acidente! :::

ESCENA III.

Pigmaleon y Neriolan.

PIGMALEON.

Neriolan.

NERIOLAN. *Sacando un papel.*

Gran Señor, ved esta carta,
que á este punto de manos de un soldado
pudo arrancar mi diligencia exâcta,
á tiempo que pasarla pretendia
á las de Leyoazar.

PIGMALEON.

Ah! toda el alma

me has conmovido ; dame, fiel vasallo
ese villete ; ó Cielos ! ya me espanta
su solo aspecto , ó escrito formidable!
conduces , yo lo temo , en tí cifradas
mi afrenta y mi desdicha? ya los ojos
se me turban , mi mano se embaraza
al abrirle.

NERIOLAN.

Señor , todo á vos ceda.

PIGMALEON.

Ya está , leamos , ó deidades sacras!
Ilustre prisionero , no desmaye (*lee.*
tu corazon ; la providencia grata
en nuestra proteccion ha permitido
realizar las medidas necesarias,
unir los justos , y empeñar los fuertes,
adictos firmemente á nuestra causa:
yo intrépida , aun á costa de la vida,
los juramentos cumpliré , mis ansias
las tuyas son ; de mi valor no dudes.

PIGMALEON. *Dexando de leer.*

¿Qué es esto, Neriolan, tú no te pasmas?

NERIOLAN.

Confuso me dexais.

PIGMALEON.

Los caractéres,
aunque disfigurados , bien declaran
ser de la Reyna.

NERIOLAN.

En todo el contenido

solo escucho su voz, terrible audacia!

PIGMALEON. *Mirando el papel.*

Prisionero:: medidas:: justos:: fuertes::
ansias:: valor:: y juramentos, :: basta:
ya no es menester mas, mi honor ha muer-
el Cielo me confunda, ven, ó espada, (to.
ven conmigo á vengarme eternamente.
Huye, papel infame. *arrojándole.*

NERIOLAN.

Gran monarca,
suspended:: qué intentais?

PIGMALEON. *Enfurecido por momentos.*

Ah! solicito
buscar á la asesina, á la inhumana,
que me destroza, á sus impios ojos
presentar ese escrito, no escucharla,
hacer que tiemble, asirla del cabello,
arrojarla con ímpetu á mis plantas,
rajar por medio su malvada lengua,
y al rigor de doscientas estocadas
hacerla vomitar toda su sangre:
en ella anegaré hasta la garganta
mi cuerpo, yo lo juro. Aun en beberla
haria bien poco: así la torpe mancha
borraré de mi vida y de mi trono,
sacando de las pérfidas entrañas
de la infiel prostituta el fiero estoque,
solo para llevarlo á la morada
de mi pecho, y lograr sobre sus filos
el lauro de espirar. Ah! ya me llaman

mi venganza y mi honor.

NERIOLAN.

Señor, qué es esto!
¿qué importuno furor os arrebata?
mitigad.

PIGMALEON.

Ah! tambien tú, traidor, me eres!
cobarde::

NERIOLAN.

Yo, Señor.

PIGMALEON.

Neriolan, calla:
nada puedo escuchar.

NERIOLAN.

Oid un punto:
ya para consumar vuestra venganza
he imaginado un favorable arbitrio.

PIGMALEON.

Si ha de vengarme, se conciso y habla.

NERIOLAN.

Pues, Señor, esta carta reservemos,
que despues de la muerte ya inmediata
de Leyoazar en público exhibida,
y añadiendo que á aquel Egypcio hallada
ser de la Reyna declaró, ya debe
pasar por una prueba la mas clara
de su traycion y de la ofensa vuestra.
Fenicia con sorpresa extraordinaria
innegable verá el horrendo crimen,
que os da derecho para castigarla

del modo que gusteis, ved mi dictamen:
sin ser vuestra conducta motejada
así os es fácil de ella desprenderos,
y exâltar la belleza que os encanta,
á dominar con vos perpetuamente.

PIGMALEON. *Volviendo á coger el villete.*

Tu pensamiento no me desagrada.
Seguir quiero esa senda; mas primero
ve con este villete á la insensata, (den
que en mi oprobrio le ha escrito; de mi ór-
haz que le lea, y que despues sin falta
te le devuelva; obsérvala entretanto,
y nada mas la digas.

NERIOLAN.

Temeraria,
Señor, le hará fragmentos.

PIGMALEON.

Eso fuera
anunciar crimen, y no temas lo haga:
desde este instante quiero confundirla
por este medio, Neriolan, acaba.

NERIOLAN.

Obedezco, Señor.

PIGMALEON.

Oye, cuidado,
todos sus movimientos y palabras.

NERIOLAN.

Nada se me huirá, yo lo prometo.

ESCENA IV.

PIGMALEON.

Qué dirá la perjura! tan osada (me
podrá ser, que aun emprenda deslumbrar-
con un pérfido llanto, ó con la infamia
de añadir imposturas, á imposturas?
ah! no lo piense, mi furor, mi saña
llevarán al extremo, sí, el castigo
y la satisfaccion de ofensa tanta.
El Monarca Supremo de Fenicia
en medio de su trono y de la fausta
Corte, que le circuye, de sus tropas,
de todo su poder, ver estampadas
en su frente la infamia y la deshonra
por una esposa! qué por una esclava,
á quien del seno de un vivir obscuro
hasta ser su consorte soberana
quiso elevar con generosa diestra?
ah! ¡cómo el crimen é impiedad se jactan
aun de burlarse de lo mas sublime!
¿y tú perfido Egypcio, que ocultabas
bajo un aspecto de los héroes propio
el corazon de un pérfido, qué aguardas,
que imaginando mi furor, no espiras!
ah! ¿qué furia infernal, qué depravada
criatura te indujo al fanatismo
de insultarme, aun en medio de mi casa?

qué digo? aun en mi tálamo, ó ignominia!
en él le veo, bárbaro vil, paga (*se arrebata.*
con tu vida el delito abominable;

Cogiendo la espada como que va á herir á alguno.

pero Pigmaleon, ¿qué sombras vanas

Suspendiéndose.

agitan tu furor? ah! no, nó hay sombras,
allí le miro junto con la ingrata,

Vuelve á enfurecerse.

que me asesina: entre ambos mi corona
despedazando estan. !Cómo la ultrajan!
aun mas; mi corazon en tristes trozos
van dividiendo; pérfidos, qué os para?
dadme pronto la muerte, ó huid mil leguas,
que ya mi acero, juro por las parcas,
á sepultaros corre en el abismo.
Morid, impios; pero así se exâlta
el fuego de mi cólera! ó ilusiones!
¿por qué así me agitais? violencia extraña!

ESCENA V.

Pigmaleon y Neriolan.

NERIOLAN.

Invicto dueño,

PIGMALEON.

Neriolan, ya vuelves! hiciste, dime?

NERIOLAN.

A muy poca distancia
de aquí me hallé, Señor, con Astebea.

PIGMALEON.

Nombre cruel!::

NERIOLAN.

Despues de saludarla
puse en sus manos el billete, y dixe
quanto me prevenisteis.

PIGMALEON.

¿Y la falsa
no tembló al verle?

NERIOLAN.

Le tomó, y al punto
un pálido color tiñó su cara:
en vano esfuerzos hizo el disimulo:
en fin leyóle; casi desmayada
hablar quiso dos veces, y sus ecos
helarse entre los labios ví otras tantas:
ella en tanto se esfuerza, y me responde,
que no el objeto misterioso alcanza
de aquel papel: en esto de mi vista,
volviéndomele á dar, huye turbada.

PIGMALEON.

¡Y aun sincerarse pretendió la impia!
¿y por qué no en la punta de una lanza
su corazon me traes? mas ya en breve
veré su fin; ese papel me alarga,
que ha de ser el funesto testimonio,
en cuya fuerza exîja mi venganza

el mayor escarmiento que vió Tiro.
¿y el cadalso, en que debe su vil alma
exhalar ese Egipcio abominable,
está ya pronto?

NERIOLAN.

Ya, Señor, quedaba.

PIGMALEON.

Pues vamos, Neriolan, no, no un mo-
demos de duracion á la malvada (mento
vida de ese impostor: tiemble á su muerte
quien á Pigmaleon lazos prepara:
despues sus pasos siga la perjura;
y si el furor de un pueblo iniquo exclama
tumulto en su favor, todo perezca:
ah! mi Palacio, la Ciudad, las playas
y hasta el vecino mar, teñidos queden
de la vil sangre, que perfidias fragua.

ESCENA VI.

Astebea y *Dresia*.

ASTEBEA.

Ya no hay remedio, el Cielo ha decreta-
Dresia, mi ruina: ya mis esperanzas (do,
huyéron de improviso: solo debo
prepararme, ay de mí! para una amarga
ignominiosa muerte, ántes que vea
la luz de un nuevo dia, la inhumana
cuchilla del Tirano inexôrable

acabará mi vida desdichada.
ah! ni el mayor es este de mis males,
el golpe mas fatal, la mas infausta,
la mas insoportable desventura
fuera que la inclemencia reservara
mi vida, para hacerme espectadora
del sacrificio atroz con que amenaza
el horrible furor de un padre impio
al hijo de estas míseras entrañas,
del injusto suplicio de un hermano
como yo sin ventura, y de la entrada
de una pérfida al tálamo, y al solio
de que á mí se me arroja, ó Dresia cara!
de imaginarlo tiemblo! qué! ¿y es éste
el martirio que acaso se me labra?
ah! no lo dudo; al animo lo anuncia
no se que numen, que de horror me baña;
pero en tal situacion, en tal conflicto
sola tú, Dresia, (en el furor te ensaya
por un momento) puedes exîmirme
del violento opresor, ah! no se abata
tu valor, no te turbes, ea, toma

Sacando un puñal y entregándoselo.

este puñal, y si de veras me amas,
con él, ántes que verme en mas desdichas,
aquí mi pecho y corazon traspasa:
podrás decir, yo misma me dí muerte,
aunque á nadie mi muerte impresion haga.
Complace á una infeliz, que qual amiga
te lo pide, y qual Reyna te lo manda.

DRESIA.

Es posible, Señora, tu deliras.
¿Ignoras que primero esta cruel daga
contra mí volveria, que esgrimirla
para sacar la gota mas escasa
de esa sangre inocente, de esa sangre
que adoro qual divina? así te engaña
tu desesperacion, que me imaginas
de executar accion tan sanguinaria
capaz? ah! no tu espíritu abandones
al despecho, al furor: aun no nos faltan
del todo los recursos; aun los Dioses
quizá no han decidido tu desgracia,
Señora, ten valor, corre á tu Esposo
con tierno llanto riega sus pisadas,
tú misma te denuncia, hazle que sepa
quien sea Leyoazar, vuestra alianza,
que la sangre formó vuestros sucesos,
y verás, yo lo espero, que su saña
desvanecida indulto proporciona,
y á lo ménos las vidas.

ASTEREA.

Calla, calla,
¿cómo así te alucinas? y has podido
presumir que el cruel que así me trata
asenso dé á mi voz? y aun en el caso
de convencerse, que una leve llama
en su pecho se excite de ternura?
ah! que mal le conoces; yo lograra
con ese proceder mas abatirme;

é inflamar nuevamente su venganza:
en fin, es un partido, que detesto;
mas quizá el impio Rey en la preclara
sangre infeliz de mi querido hermano
á este momento sus furores sacia.
Dresia, ve, con cautela te apróxîma
al muro de Palacio; sabe, indaga
si aun Leyoazar respira; del Tirano
huye los ojos.

DRESIA.

Voy apresurada:
pero tú sola?

ASTEBEA.

Ve, nada receles.

ESCENA. VII.

Astebea sola.

Ya logro mi designio, ya alejarla
de mí he podido, ó dulce compañera!
ó fiel amiga ya desde mi infancia,
ya no mas oirás á tu Astebea,
ni yo tu dulce voz que confiada
va con el instrumento, que á mi muerte
servir debia, ah! ¡quién la anunciara
mi atroz resolucion! ¡quánto me aflige
así engañar á su amistad! traspasa
ya mi pecho el dolor que ha de oprimirla!
mas la ternura, cosa tan contraria

al transporte que exîjo en este trance,
me empieza á penetrar; ah! fuera vaya
toda idea de lástima, y me ocupen
en su lugar las del furor, ah! salga
el depósito en fin, á que he fiado
el fiero agente de mi muerte infausta.
A dónde estás? te habré perdido? un punto
no quisiera mi vida dilataras;
mas ya le hallé: no veo, ya, el momento
de usar de ese licor que me regalas:
Sacando un pomo grande en que debe estar el veneno y mirândole.
pero, ó pomo cruel! solo tu vista
me pudo estremecer, ah! interceptada
la voluntad parece que ya empieza
á huir de la ponzoña; aun mas! se traba
mi mano al descubrirte, ¿creer puedo
disposicion del Cielo está mudanza?
sí, quiza el Rey ya me perdona; acaso
la vida me conserva siempre grata.
Pero ¿yo estoy en mí? ¿cómo no advierto
que tan viles ideas insensatas,
en vez de las deidades, algun genio
enemigo en mi pecho las propaga?
¿vivir aun quieres, Reyna infeliz? solo
para arrastrar servil cadena, (ó infamia!)
en el Palacio mismo, que teatro
fué ayer de tu explendor? ah! ¿no amarra-
ya te imaginas por mayor afrenta (da
al pie del mismo talamo, que acaba

de usurparte una sierva despreciable?
ah! prefieres quizá la dicha bax
de exîstir algo mas á costa, ó Cielos!
de mirar las cenizas deshonradas
de un desdichado hermano? ¿de mancharte
con la sangre preciosa que derrama
del tierno Balcazar el despotismo?
¿todo por lisonjear á la malvada
que al Rey y al Reyno tiraniza? ó Dioses!
primero un rayo el corazon me parta,
que tal vean mis ojos, vamos, vamos
quanto mas ántes á morir; ah! nada,
nada ya me intimida, solo escucho
á mi deber, mi pundonor, mi fama;
tragaré, pues, mi muerte, y reservando
la mitad de este tósigo, á la estancia
iré de Balcázar; haré que beba
el resto de ponzoña, que aunque es tanta
en mí la crueldad, él es mi hijo,
y que rinda quiero ántes á mi saña
la vida, que me debe, que al capricho
de una implacable é ímproba madrasta.
Durante esta estrofa habrá tenido en la mano el pomo.
Ea, cruel veneno, hoy te destino
para la empresa mas extraordinaria:
no me dexes burlada en tus efectos.
A esta sazon saca una copa, y en ella echa parte del veneno todo con lentitud.
Ah! ¡qué bien favorecen á mis ansias

el sitio , y la ocasion! nadie me observa,
ni ya me buscan los que yo aguardaba,
Narbal y Danemon. Ah! solamente
un tropel de desdichas me acompaña.
Habiendo hechado el veneno , conserva en una mano el veneno , y en la otra el pomo.
O Tósigo cruel! sagrados Cielos!
Mirando á la copa.
me aterra su color , ¡qué olor exâla
insoportable ! y qué ! beberle es fuerza!
á tal conflicto , ó desventura humana
llega una Reyna. ¡ Echarle yo en mi seno
para que general un destrozo haga
de mis entrañas! ah! cosa terrible!
tiemblo de horror, la sangre se me pasma,
subitamente ! aun respirar no puedo:
Extremecida y con turbacion.
á dónde iré ? mis manos desmayadas,
Se advierten trémulas tanto que parece derramar el veneno , mirando á la copa.
ya no sostienen :: derramarle temo,
el pomo se ha caido , ó muger flaca!
Se le va de la mano, tomándole del suelo y guardándole.
le he recobrado en fin, aquí le oculto.
¿Así un temor grosero me anonada?
¿de Odisipo hija soy ? ya me avergüenzo.
mas ¿qué súbito estruendo á oir se alcanza
Se escucha un confuso estrépito.

desde este oculto sitio? se percibe *con pau-*
ya por momentos á menor distancia: *sa.*
el tirano sin duda, ya inmolado.

Con transporte.

Leyoazar, aquí viene á que su hermana
expire tras el héroe, ó á oprimirla
de penas, sí, con una serie larga.
¿Y yo le espero inmóvil? ó Deidades!

Enfureciéndose por instantes.

Deidades de furor! con eficacia
un corage fanático infundirme
contra mí misma, ah! ya ménos agria
la muerte me parece: de improviso
generalmente siento que me inflama
un extraño transporte, á vos invoco,
violentas furias, sanguinosas parcas,

En lo mas fuerte de su conmocion pone la copa á los labios, á cuyo instante arribando Narbal por la espalda con un golpe le hace arrojarla, é impide la accion ántes que haya bebido.

ya vencí, bebo, pues, muera Astebea.

ESCENA VIII.

Astebea y Narbal.

NARBAL.

No ha de morir.

ASTEBEA. *Sorprehendida.*

Ah!

NARBAL.

Reyna Soberana...

ASTEBEA.

¿En dónde estoy? Narbal tú.

NARBAL.

Gran Señora:::

ASTEBEA.

Calla, cruel, ¿qué estrella, dí, contraria
arribarte hace de entre las cadenas
á esta mansion, á tiempo que embarazas
á mi heroyco valor el mayor timbre
y una inmortalidad? como tu audacia
á tal extremo::: ¿sabes, me has llenado
de indignacion?

NARBAL.

O Cielo! arrebatada
de algun funesto frenesí, ó Princesa!
os miro delirar. ¿juzgais hazaña
fulminaros la muerte? ó desvarío!
¿mas qué extraño suceso hizo en vos tanta
impresion, que ha podido enagenaros?

ASTEBEA.

Qué dices? ah! ¿la tierra conjurada
contra mi honor y vida, un triste hermano
víctima del furor, las amenazas
contra un hijo infeliz, y los leales,
todas no son bien poderosas causas?

NARBAL.

Ah! que yo ese lenguage no compre-
pero aquí Dresia arriba acelerada. (hendo;

ESCENA IX.

Astebea, Narbal, Dresia, todos turbados.

ASTEBEA.

Dresia, qué turbacion!

DRESIA.

Princesa ilustre,
¿qué asombro, qué pavor, la mas extraña
novedad, el Palacio ha conmovido?
en cumplimiento de lo que mandabas,
apénas me alejé de tu persona,
quando gritar percibo que á la plaza
con notoria ignominia á morir llevan
al triste Leyoazar; esta voz vaga
mas me acelera; pero muchos pasos
dado no habia, quando una algazara
como de gente ayrada que pelea
hiere mi oido; luego un rumor de armas
que sobreviene, y crece por instantes,
todo el espanto y confusion derrama
por una y otra parte; yo aturdida
querer ir adelante empresa es vana:
cubierta de temor largo periodo
inmóvil permanezco, y asombrada:
á pesar del estrépito y horrores

que se duplican, puedo entreoir, claman
unos, Pigmaleon, Balcazar otros
no pocos libertad, muchos venganza:
atraerte me esfuerzo esta noticia,
que no fué poco.

ASTEBEA.

O muerte! por qué tardas
en bibrar tu rigor para mí dulce
sobre esta vida miserable? ah sacras
Deidades! de los males vibradoras
sobre mí en este punto todos caigan.
O tierra! en tus entrañas me sepulta;

Con estremecimiento.

y tú, vecino piélago, esa valla
rompe furioso; ven, y de improviso
esta infeliz en lo mas hondo traga.
ó region nebulosa! de su seno
un fiero rayo, ó Júpiter, dispara,
que me abrase, á este trágico palacio,
á toda Tiro, y su feroz comarca. (tos?
Qué! no me escuchas? burlas mis lamen-

Con ternura.

ah! yo fallezco; siento que me asalta
un parasismo, ó cielos! qué agonía!
de un helado sudor arroyos manan
todos mis miembros. Ah!

NARBAL.

Señora, advierte;
pero un guardia ácia aquí corriendo:::

ASTEBEA.

Un guardia (*Con sobresalto.*
del tirano::::

NARBAL.

Señora, sí, ya llega.

ESCENA X.

Los dichos, y un guardia.

ASTEBEA.

O crueldad! ¿soldado, dí, tu espada
quizá contra mí viene?

GUARDIA.

¡Ay Reyna mia!
¿ignorais el desórden, la matanza,
y el trágico destino?:::

ASTEBEA.

Dí al momento.

GUARDIA.

De la prision apénas en que estaba,
el Rey hizo sacar aquel Egypcio,
quando ya de palacio por las quadras
oir se dexa un hórrido mormullo
entre la muchedumbre: sin tardanza
el jóven reo envuelto en las cadenas,
escoltado del cuerpo de las guardias,
que el mismo Soberano conducia
con un aspecto heroyco, una gallarda
indiferencia, caminó al suplicio,

llegó en fin, al pie de él: todos en calma
á este punto observaban su persona,
sus delitos y muerte publicaba
el triste pregonero: de los yerros
que le oprimian, porque se elevara
sobre el cadahalso, libre ya le hacia
el verdugo feroz: en tan amarga
situacion de repente la cadena
asiendo con furor, sobre él se abanza
el brioso extrangero; al primer golpe
hendida la cabeza, echa á sus plantas,
agonizando, al que ántes ser debia
su matador; apénas fué esta hazaña
de alguno vista, sin perder momento,
de la cadena armado que terciada
blandia á todas partes, exclamando
libertad, ó Fenicios! se abalanza
como un bravo leon sobre su escolta;
á su voz, y á su exemplo dos mil lanzas
por lo ménos se arrojan de improviso
á socorrerle: atónita la guardia,
tuvo, pues, que ceder á la sorpresa:
unos revuelven, otros se desmandan;
el Rey enfurecido se sumerje
en medio del tumulto: la mas brava
refriega se encendia, quando el filo
de una saeta el pecho del Monarca:::

ASTEBEA.

¿Qué me anuncias?

GUARDIA.

Señora, en él penetra,
á tiempo que á sus pies perdiendo el alma
se abate Neriolan, que en tal extremo
vuelto á su dueño, dice unas palabras,
que al parecer le dexan sorprendido:
á sostenerle entónces se adelanta
el jóven lidiador, ambos turbados,
en conmocion y con ternura se hablan:
todo el furor al punto se suspende,
y yo corro á avisaros.

ASTEBEA.

O desgracias!
¿por qué así dilatais el confundirme?
¿qué tropel de infortunios amenaza?
¿no te aturdes, Narbal?

NARBAL.

Caso asombroso!
ya me oprime el dolor.

ASTEBEA.

Pero pisadas
ácia aquí suenan, gentes se aproxîman.

DRESIA.

Qué espectáculo, ó Júpiter! prepara,
Señora, el corazon, tu esposo mismo,
bañado en propia sangre, ácia esta estancia
ansioso se dirige, sostenido
de Leyoazar y Danemon.

ASTEBEA.

Acaba

de aniquilarme, ó Cielo!

NARBAL.

Trance fuerte!

SECENA. XI.

Los dichos, Pigmaleon herido, Leyoazar y Danemon que vienen apoyandole, y séquito de guardias.

PIGMALEON.

Astebea, Astebea, esposa amada:::

ASTEBEA.

Esposo, hermano, ¡ mísera infelice
de mí! qué es esto?

LEYOAZAR.

Hermana, en fin:::

PIGMALEON.

Su hermana!
ah! ya no hay duda. Reyna virtuosa!
¿el miserable estado no reparas
de mi vida? mis bárbaros delitos,
mis tiranías é injusticias tantas,
y los agravios contra tu inocencia,
así me han puesto, de este modo tratan
á el hombre las maldades, yo del Cielo,
de la tierra, mi estirpe, y de mi patria
fuí enemigo; todo lo he irritado:
de mi impiedad por colmo y de mi audacia
contra tu pundonor, contra tu vida,

armé mi corazon : puse una baxa
muger en el lugar que á tí debia:
tanto me han despeñado las malvadas
sugestiones del pérfido, el impío
Neriolan, quien hoy mismo se delata,
como impostor al espirar; mas ¿esto
podrá justificarme? no; no se halla
efugio en mi favor, llorando un crímen
obrado contra tí, pido á tus plantas
el perdon, que confio tu ternura
no ha de negarme, qué respondes! callas?
ah! ¿perdonar á un moribundo esposo
ya no te dignas?

ASTEBEA.

Ay, Señor! traspasan
mi corazon tus lastimosos ecos,
yo perdonarte? ó Cielos! qué propalas?
yo eternamente.

PIGMALEON Á LEYOAZAR.

¿Y tú, gallardo jóven
que desde los confines de Tebayda
veniste á experimentar mi tiranía,
desde aquí hasta los ángulos del Asia
publica mi impiedad; pero detente:
duélate un triste Rey, que el alma exhala
con arrepentimiento.

LEYOAZAR.

Es lo que debo,
Príncipe, hacer, y la virtud me manda.

PIGMALEON.

¿Y tú Narbal, tú Danemon, amigos,
y vosotros vasallos, que una larga
cadena de injusticias dócilmente
de mí habeis tolerado, á olvidarlas
no quereis excitaros?

NARBAL.

Ah! nosotros,
sí, que implorar debemos con mil ansias
vuestra indulgencia.

PIGMALEON.

Sí, hijos, yo os perdono,
de mi muerte á ninguno cargo se haga:
su actor no previó serlo, y nunca debe
satisfaccion la culpa involuntaria;
pero yo velozmente me aproxîmo...
Debilitándose la voz por grados.
al sepulcro, Astebea, ven, abraza
por tu piedad á este infeliz esposo.

ASTEBEA.

Cruel extremidad!

PIGMALEON.

¿Así te embarga
el dolor? no te aflijas, que si el Cielo
de un impío consorte te separa,
te dexa en cambio un hijo amable, cuya
tutela es á tu zelo confiada,
y un hermano que aumente tu consuelo;
en nombre mio á Balcazar encarga,
que haga solo memoria de su padre,

para huir su conducta, que combata
el mal, que ame la paz y las virtudes:
que respete á Narbal, que á su privanza
Filósofos y sabios solo admita,
mas ¿por qué vuestros ojos se preparan
á regar mis cenizas? ese llanto, (sagra;
no á un monstruo, solo á un héroe se con-
yo no mas hago que espiar mis culpas,
sobre todo, la muerte desastrada
del inocente Príncipe Siqueo.
Ah! mi suerte recuerden los Monarcas
que de la humanidad pisan las leyes,
y sepan que si á veces se retarda
el escarmiento, al fin los Cielos gritan,
que á hierro muera, quien á hierro mata.
Espira, cayendo en brazos de Leyoazar.

FIN.